Mauricio Wacquez.

TODA LA LUZ DEL MEDIODIA.

Fecha de publicación:
1965

A Clotilde y Magdalena Lozano Lardet.

Entonces el tañido de campanas frías y congeladas repiqueteaba en el aire sombrío, y la gente lo escucha desde sus lechos. No hablan ni se mueven; el silencio, como una rata, roe la oscuridad, y ellos murmuran para sí:

"El verano vino y se fue; vino y se fue. ¿Y ahora?..."

Thomas Wolfe, *Del tiempo y del río.*

PRIMERA PARTE

De nuevo te veo beber en un vaso que aprieta tu mano celosamente; veo tu actitud siempre reclinada y estoy tranquilo porque sé que durará toda la tarde. Luego tendré que acompañarte para que tomes el autobús que te llevará a tu casa. Y esto no lo quiero; quiero guardarte conmigo. Quiero que contigo vuelva el orden a mi vida, a esa vida sedentaria que tanto amamos. Porque vislumbrar un sueño tranquilo es una esperanza igual que las pequeñas cosas que nos son prohibidas; como la tranquilidad de un fuego encendido todos los inviernos durante toda una vida; como la inmovilidad de un cuarto en el que yaces, junto a las cosas que permanecen porque son nuestras. Lo nuestro. Es esto lo nuestro. No más viajes; aquí lo nuestro lo constituye todo; en este cuarto entre los libros que conocemos porque son tenemos los ojos unidos a su historia, en que cada trozo de pared me recuerda una parte de tu vida; en este cuarto oscurecido por la encina que mis propias manos plantaron cuando recién comenzaba nuestra historia; y aún también los otros cuartos, los cuartos luminosos.

Necesito que ese sitio sea hecho en función de nuestras vidas, o mejor, que tu vida y la mía tengan como única función la existencia de esos cuartos y los rincones oscurecidos de esos árboles. Porque mi orden será descubierto en razón de otro orden, de un orden distinto, de un orden arrebatado al caos, preciso para que mi caos se transforme en equilibrio; pues creo que la línea de mi vida tiene aristas demasiado agudas que conviene suavizar a la mitad, una mitad en donde yace el orden de manera tan fácil.

Abandona esa bebida que rompe el orden que comienza; mírame, es suficiente; pon tu alma en mi camino, porque es indispensable para que el orden se manifieste.

Nada más. Y ese calor, esos libros, el cuarto oscuro, serán el resultado de esa mirada y de esa actitud de tu alma. Nada más. Porque tu existencia es necesaria y suficiente para que la mía ansíe la quietud, para que crezcan los árboles y los rincones de esta casa adquieran un sentido, para que todo se una y teja nuestro orden, lejos de los rostros, de los gestos, de las miradas vacías. De manera que el sol no moleste la intimidad de las cavilaciones. Así adivinaré fácilmente lo que piensas, y cada gesto tuyo será una prolongación hacia mi vida.

Sí, quiero volver al orden porque tu existencia me hace vislumbrarlo.

El alba. Debo acostumbrarme. El vigor perdido de los pasos ha terminado hace mucho rato. Y empieza de nuevo lo de siempre. La luz de esta hora me adormece los miembros, pero mi conciencia se conserva atenta, segura como una espátula cuando hay que sacar desde el fondo el peso de los reproches para ponerlos fríamente ante la vista. Es la hora más difícil cuando no se ha dormido. Viéndome en esta actitud pienso que el mundo de afuera no me otorga nada. Soy yo el que le doy esa nota característica de mi ánimo, yo lo transformo según el estado de mi conciencia. Los rincones que nunca se exploran por la alegría o que se presentan ocultos por la desgracia. Esa es mi conciencia. Una entidad aparte, un fluido oscuro donde se plantea todo. Oigo nuevamente los murmullos de la calle, en la inmediatez de esta ciudad irremplazable. La luz, la luz alargada, deslumbrante, que vuelve desde el otro lado de la ventana, y que mancha de naranja la transparencia de las cortinas oscuras, deja la tiniebla, que hasta hace un rato vagaba por la habitación, convertida en una limadura azul, suspendida, ingrávida, traslúcida como una ala de mariposa. A esta hora se piensa que es preciso levantar la cabeza y considerar las cosas desde un nuevo ángulo.

¡He tenido que llegar a este punto para darme cuenta! En el temblor desolado de este cuarto, junto a la mañana de un nuevo día. Hoy también es verano y he olvidado todos los reproches que debía hacerle al mundo. Mi nueva conciencia se adapta definitivamente, toma forma, se reacondiciona a otra presencia. Puedo decir que he encontrado la dimensión exacta. ¿No es esto lo mejor?

La sensación más violenta es la que produce el verano. El viento sopla al mediodía, y quema, junto con el sol, la piel indefensa y blanca de los días de invierno.

"¿Porqué este verano?", me pregunto. El tiempo se detiene para formar otro tiempo, la conciencia se deshace para dar paso a un nuevo estado, para florecer sordamente. Esto me lo da el verano porque él es un tiempo indescriptible, porque todos sus elementos se mueven constantemente. Yo quisiera dejar una mirada sostenida y estática que describiera sus atributos, que aprehendiera el color de su luz, el cansancio pesado de sus atardeceres.

"La turbulencia hace estragos en la plantas: el sonido monótono del viento entre los árboles y el golpeteo rítmico de una puerta al fondo de la casa…" Ahora, recordando esto, miro la ventana y la luz que acecha al otro lado como una gelatina húmeda y brillante. Me conformo con ver sólo eso: las sombras que la brisa deja en las cortinas y que rondan de arriba a abajo, de derecha a izquierda.

Hoy es verano y me repito: "Hoy es verano. Hoy es verano", como para convencerme íntimamente de que no debo tener miedo. Porque me asalta el miedo de tener miedo. Tendido en la cama, con la sábana pegada a los ojos, sintiendo que la sangre fluye en una carrera irritante, y que llega a la boca abarrotada, sin poder salir. Aquí hay un espacio vacío que se parece a las zonas todavía tersas de la cama. Un desierto verde pálido iluminado con las luces del amanecer y que imita una nueva decantación de las cosas.

Esa tibia enervación sacude su polvo sobre mí. Ha comenzado a hablar por sí misma."Voy a contar algo." Acerca del verano. Eso es todo. Nada más por hoy. Quizás no quiera nada más.

Amo esta imagen porque me revela mi propia imagen. Voy a amar este relato porque no me exige más de lo que puedo darle. Según dicen todos, el ensueño se ordena con el miedo, saliendo de éste, como un producto refinado de su sustancia. La penumbra de la cual saldrá la imagen.

Paulina dijo un día que las imágenes eran insensatas. "productos del comportamiento viciado." Pero no tengo otro lenguaje. Desde hoy, en que la luz se ha detenido, ordenándose en un ritmo aparente, quiero sacudir el polvo que cae sobre mí.

Los charcos luminosos deben hablar su propia lengua. Es preciso arrojarles el guante. Siento otra vez el olor un poco fétido de las sábanas. Desde aquí nacerá todo. Una profundidad de sodio, como náusea, libra su última batalla con la carne. No puedo impedirme pensar que la mañana desafía todo el material de mi espíritu. Aun cuando esta mañana esté detenida, estática, mirando su propia envoltura.

Este es el día que he elegido para comenzar el retroceso. Sin otro punto de partida que mí mismo. Desnudo como estoy ahora entre las sábanas. Las sábanas pegajosas, el aire pegajoso…

***

Pero existe la historia de Paulina, la de Marcelo y la mía. Los tres nos vimos atrapados por hechos contrarios a nuestra voluntad que llenaron el tiempo de la misma manera que otro tipo de hechos pudo haberlo llenado. Ahora creo que Paulina no lamenta que estos años nos hayan hecho madurar. Por el contrario, su serenidad se apoya en esos años, la capacidad de su reflexión se aferra a los residuos que los recuerdos han dejado en la memoria. En general, esto nos ha sucedido a todos, incluso la desmañada actitud que tomamos frente a los acontecimientos nos revela que lo sagrado, en el fondo, carece de importancia. Somos los personajes provisorios de una historia que tiene como único marco la presencia inmóvil de Santiago; presencia que podrá sentirse apenas, premeditadamente sugerida.

La pendiente de la calle rodea el cerro. Los pinos azulados acompañan el descenso y se pierden entre los sauces del río. El cemento gris tiene ondulaciones sucesivas que no terminan sino justo encima del agua. Y colores diversos. Amarillos que manchan las ventanas, rojos que clarean en los bordes y se transforman en naranjas; verdes, azules cenicientos. Además, las voces y el resbalar de los vehículos calle abajo.

En el momento que recuerdo, mi antiguo departamento mira con sus cuatro ventanas hacia el cerro. Desde ahí, además de dominarse la ladera que baja, se recibe la primera luz de la mañana. Es necesario insistir en esta luz. Ella marca la hora en que nos enfrentamos con nosotros mismos; de alguna manera, esa luz nos remite a nuestra felicidad o al absurdo de nuestra desgracia. Es el ambiente que llenó Marcelo con sus dieciocho años y donde se desarrollaron, al principio, mis presentimientos.

***

Mi primer recuerdo es la vuelta de Marcelo. Esa tarde, él llegaba de Argentina en el avión de las cuatro. La noche anterior, un telegrama me había llenado de angustia: "Llego último avión. Espérame". Me sentí aturdido; no pude comprenderlo del todo. Vino tan rápidamente que no me detuve a pensarlo. Sólo supe que aquello me convenía, que era lo que había esperado tanto tiempo, que ese mensaje lacónico, escrito a la carrera, me salvaba.

Una hora antes, desde la terraza del aeropuerto, miraba la tarde de medio verano; el smog esparcido a lo lejos y la tierra calcinada, debajo de un cielo pálido, turbio, sin viento. Todo lo veía agrandado: el movimiento de los aviones. Allá arriba, el radar giraba sobre la torre y el altoparlante, furioso, lanzaba llamados.

Cuando el avión llegó, Marcelo apareció sonriendo sobre la escalerilla. En el primer momento creí que sonreía porque me había visto en la terraza, pero luego me dije que desde allí había demasiada distancia y que no podría ubicarme. Venía delgado y con la barba crecida. Me pregunté si le quedaba bien. No, creo que no. Pero en la tarde de sol, en esa inmensa terraza sin árboles, lo vi tan amable, tan lleno de fatiga, que no tuve ánimo ni tiempo para seguir atormentándome.

Mientras pasaba la aduana, me adelanté y fui a esperar en el coche. Todo allí

ardía. Después de un rato, un mozo llegó con la maleta de Marcelo. Él venía detrás, casi corriendo.

-¡Qué calor! exclamó.

-¿Qué tal el viaje?

-Estupendo.

En el auto lo vi relajarse y sonreír.

-¿Contento?

-Sí, fue maravilloso.

De nuevo esa mirada clara, serena, que abarca justamente las cosas. En un momento amé la facilidad de esa mirada, su descaro, su insistencia insolente. Además, quise tenerlo conmigo. Le propuse ir a mi casa. Me miró fijamente y dijo: "Bueno". Pero sentí en su voz algo distinto, una ironía que antes no percibía. "Veinte días", pensé. Al llegar a casa, se bañó y se cambió de traje. Afeitado, volví a reconocerlo. Estaba más delgado y le quedaba bien. Sus pómulos eran más notorios y esto hacía que su rostro fuera más pequeño y más grandes sus ojos. Quise acariciarlo, pero lo encontré inútil. Sólo le preparé una bebida y volvió a adquirir el aire de otras veces, sentado en la butaca, con la nuca un poco inclinada.

Después, al anochecer, todo volvió como antes. Era curioso recuperar al Marcelo que creía perdido. Mis dudas no se confirmaban. En lugar de eso, tenía delante al joven de siempre. Días atrás, soñaba con una situación parecida, porque dudé mucho tiempo de que la realidad pudiera tomarse de esa forma. Ahora lo tenía y lo encontraba tan natural, tan cotidiano, que me parecía que nunca lo había deseado. Sin embargo, no quería recordar que su impulso era inmediato, adolescente, y que no tenía ningún arraigo. Me dolía pensar eso. Entonces era preciso dejarse llevar, volver a retomar aquello que me hacía olvidar el tiempo, mis treinta años, y los días que pasaban lentos uno después de otro. Era a través de esos días que el rostro de Marcelo había adquirido una plenitud que me desconcertaba, una actitud insolente, que se le ponía en el rostro, en los ojos, y que siempre terminaba por humillarme.

Lo miré tendido sobre la cama. Rápidamente evitó mi mirada y sonrió. Tomó un cigarrillo y puso el brazo derecho bajo la nuca. Me di cuenta de que casi no habíamos hablado. En realidad, no me importaba nada que no estuviera en él, en su sonrisa.

En la calle empezaba a refrescar. El cerro San Cristóbal, al frente, resplandecía. Me sentí tranquilo. Dejé que esa hora nos hiciera ver por sí misma lo que vivíamos. Me resultaba imposible imaginarme otra situación, otra forma de ser, porque la red que nos unía, los sinsabores que habían pasado, en ese momento no significaban nada. Había una tela de araña que rodeaba nuestro cuarto en ese instante, una fina tela de vacilaciones, de dudas, de requerimiento negados, que por el hecho de rodearnos nos adormecía en su tranquilidad. Recuerdo que en esa hora tuve la sensación de estar feliz, de no necesitar otra cosa; además, tampoco tenía el coraje de descorrer la cortina que nos separaba del mundo. Me sentía devorado por una falta de deseos, una voluptuosidad que me dejaba quieto. Este sentimiento, en el fondo, no podría durar; aun así, pude considerarme contento y satisfecho por ese minuto que justificaba todo lo sucedido anteriormente. Muchas veces he creído inútil evocar estos detalles con la inseguridad de la palabra. Entre un millar de personas olvidadas, nosotros construíamos un mundo que redimía, a la manera religiosa, los antiguos pecados de soledad y angustia.

Me pregunto ahora muchas cosas que pudieran justificar lo que pasó después, si ahí no estuvieron presentes los datos que luego nos condenaron. Pero no, en ese primer día que recuerdo no encuentro nada que logre darme una luz al respecto. Estábamos ilesos, sin pensar; estábamos solos y fácilmente unidos. Nada más.

-¿Comemos?

-¿Dónde quieres ir?

-Donde tú quieras.

Había preparado algo temprano y pensé que sería mejor comer ahí, pero adiviné que Marcelo deseaba ver a la gente, sentirse nuevamente realizado dentro de su mundo.

Sonó el teléfono.

-Aló, ¿Max?

-Sí, ¿Paulina?

-¿Estás con Marcelo? Yo no pude alcanzar el aeropuerto.

-Sí dije, con desgano.

-¿Cómo llegó?

-Bien. Un poco cansado.

-¿Por qué no vienen para acá inmediatamente? Comeremos juntos.

Aparté el fono y miré a Marcelo. Aún continuaba fumando con la vista en el techo.

-Sí, iremos luego.

Marcelo me miró.

-Tu madre; nos espera a comer.

Apagó el cigarrillo y dijo:

-Es lo mismo, ¿no?

***

Pero aquí es preciso dejar en claro algunos puntos. Se hace necesario describir, por ejemplo, aquel mundo sutil que nos rodeaba. Nuestras reacciones estaban condicionadas por nuestros deseos, y éstos nos dictaban normas de conducta que en absoluto cabían dentro de un lugar convencional. Sólo a través de los acontecimientos se logrará comprender que Paulina actuaba movida por deseos justificados. El amor, como cualquier otro vicio, se adueña de la voluntad, y la moral, después de esto, adquiere un nuevo sentido. Únicamente la magia podría explicar las diversas transformaciones que son posibles a través del amor.

Años antes, Paulina había sido una mujer como todas, una mujer que amaba,

claro está, pero sin el producto que la defensa de ese amor imponía, sin las concesiones, sin haber perdido en absoluto su grado de orgullo. Por otra parte, Marcelo representaba el objeto de esas concesiones, la materia inconsciente que no permitía dudas respecto a la lucha. Por supuesto, Paulina era la madre de Marcelo. Esto habría hecho que en alguna medida el carácter de la lucha se atenuara. Sin embargo, a la altura en que se encontraban las cosas, este detalle pasaba inadvertido; aún más, creo que la misma proximidad en que ellos vivían los hacía adquirir conciencia de sus propias fuerzas.

Paulina. Las imágenes se mezclan con el transcurso de los años. La Paulina que ahora habita en mí no podría juzgar a la Paulina de entonces. Su figura está desdibujada por la devoción. Desde la primera vez, desde la infancia, la metamorfosis ha ido surgiendo paulatinamente. No tengo otra cosa que agregar. Está hecho. Paulina se encuentra perfectamente enmarcada. Ha costado mucho para que su imagen quedara nítida y puesta. Ha costado horrores. Ahora está ahí. Iluminada por dentro.

***

Por la ventana del comedor se veía una luna atenuada. Paulina estaba a mi derecha. Hablaba del Ballet Danés. Yo observaba a Marcelo y lo veía triste. Su tristeza tenía siempre algo de tierno, de infantil. Me sentí repentinamente feliz, con una alegría que me era imposible soportar. No supe qué hacer con ella; deseaba comunicarla, ver hasta qué punto se podía ir compartiéndola. Quise ser cariñoso con Paulina. Lo encontré todo perfecto, nuevo, limpio; Paulina, Marcelo, la noche de luna. Los miraba a ambos, y pensaba que eran dos personas distintas, aunque con muchos aspectos en común. Paulina se parecía a Marcelo, y sólo esto me bastaba para sentir un gran deseo de besarla, de ser bueno con ella. Continuamente parecía preguntar: "¿Qué sabes acerca del amor?", "¿Has tenido alguna sensación permanente?" Yo encontraba estúpida esa actitud un poco protectora. Mi poder, que se realizaba plenamente con

Marcelo, se atenuaba cada vez que observaba a Paulina. Y aun cuando olvidara este hecho al lado de él, al quedarme solo, todo aquello volvía con más fuerza. En ese período pensaba constantemente en Paulina. Recordaba su rostro de años antes, un rostro triste; y a la par de ese rostro, los gestos de una mujer que había amado siempre. Hacía veinte años que yo veía a Paulina ocupada en vivir una existencia con muy pocos sobresaltos. Al principio, junto a mis hermanas mayores, la vi mimetizada entre un remolino de faldas que no tenía para mí una importancia definida. Luego comencé a sentir el peso de su pasión. En aquel tiempo me atemorizaba la insistencia de sus ojos tranquilos; su silencio, más que ningún reproche, me obligaba a huir, a odiar lo que ella deseaba de mí. Felizmente, poco a poco, ese temor se fue convirtiendo en un pensamiento fácil, ligero, que no me hacía daño. De ese modo logré superar cualquiera situación irremediable.

-Max, ¿no crees que Marcelo debería contarnos algo de su viaje?

Él guardaba silencio. Yo conocía su tedio. Con aire distraído jugaba con la taza de café. Sorpresivamente me encontré confesándome que él era lo más importante para mí y sentí vergüenza. Era el momento límite donde todo me daba vueltas, cuando se me presentaba de golpe lo real y me decía: "Sí, es esto, ¡ya! ¿Y qué?" la verdad simple, pero a la que había que esquivar para salvar la vida.

-¿Y…, Marcelo? insistió Paulina.

-Paula, estoy demasiado cansado para contar nada. Además, usted siempre quiere detalles.

-No, detalles no dijo ella, sonriendo-; puedes guardártelos. Sólo había pensado… ¿no es cierto, Max? Max y yo…

-Sí replicó el con acento indolente-. Max y tú. Ya lo sé. Tampoco me interesan los detalles.

Paulina no reaccionó.

-¿Qué quieres decir?

-Nada más que eso. Max y tú.

Sentí que todo se desorganizaba, que Marcelo no quería la tregua. Me encontraba entre los dos, indefenso, con un poder que no servía de nada. Sin embargo, aún persistía la ternura, la emoción de estar allí, el deseo inexplicable de permanecer allí.

-Me voy a dormir dijo Marcelo.

-Sí asintió Paulina-. Es mejor.

Inmediatamente que salió, experimenté ganas de huir yo también. Y ese deseo insoportable se agrandó como mi alegría pasada. Volví a sentirme ridículo con ese deseo. Hubiera querido acostar a Marcelo, tocándolo suavemente.

Nos quedamos un rato en silencio, hasta que Paulina dijo:

-Volvió Marcelo. Podré verte de nuevo.

Lo decía sin enojo, con una sonoridad hueca e intrascendente.

-¿No te alegra que haya vuelto?

-¿Quién?

-Marcelo.

-¿A ti te alegra?

-No te entiendo.

-Me parece ridículo hablar de alegría. Por otra parte…, es encantador. Más bien, creo que se debe pensar en lo que pasa.

-¿Qué pasa?

-Llegó Marcelo y tú volviste.

-Es normal, ¿no?

-También es normal que yo lo diga.

Sí, es normal también.

Por último, Marcelo y Paulina tenían dimensiones distintas. No eran opuestos, no se contradecían; sólo estaban ahí simplemente. Nunca consideró Paulina que quien me acaparaba era Marcelo, su hijo; esto en el fondo no la preocupaba. Su problema se reducía a la lucha, a no poder pasar una barreara tendida ante su vista. Sin embargo

empezaba un antagonismo velado entre nosotros. Noté que había reticencias ocultas, efectos contrarios que no esperábamos. Mientras más intensa era esa «normal vida en común», más se acentuaba la sensación interna de lo dañoso, del pecado.
Nada de excesos. Había acuerdo unánime. Esa noche, una hermosa tranquilidad nos invadía. Nos callamos un momento y Paulina cogió un cigarrillo. Sus labios estaban pálidos y los vi temblar cuando le acerqué el mechero. Pero reaccionamos y la conversación se hizo más fácil. Aunque no duró mucho. Al rato terminé por levantarme.

-Me voy.

-¿Tan pronto?

-Sí.

-¿Vendrás a comer mañana?

-Bien, si quieres.

-Quiero dijo, y sonrió tranquila.

***

Esa noche dormí profundamente y me desperté temprano. Pensé que había llegado Marcelo y me abandoné a ese pensamiento en medio de la borrachera tibia de la mañana. Hubiera querido permanecer para siempre así, con los ojos semicerrados, escuchando los primeros ruidos, viendo la pequeña claridad detrás de las cortinas. Ya no recordaba a Paulina, sino únicamente a Marcelo; lo recordaba tan nítidamente que me daba miedo. A cada momento escrutaba el teléfono y pensaba que aún era temprano, que tardaría lo que dura una vida en brotar esa llamada que me parecía suspendida en un tiempo duro, irreductible. La llamada de siempre. Después comencé a notar que fuera de la ventana iban insinuándose el calor, el bochorno, el temblor

diario de las cosas. Debería haberme abandonado también a eso, pero sabía que me era imposible. Había un vigor que me sometía sin que yo me diera cuenta, que me decía: “Piensa en lo que te pasa”, a lo que yo obedecía sin rebelarme, como si hubiera traspasado mi propia conciencia.

Pero Marcelo se olvidó de llamarme esa mañana. “Eso le sucede a mucha gente”, reflexioné. Sin embargo, no podía creerlo. Me puse la bata y recorrí el departamento repetidas veces, quizás para cerciorarme de que allí era todo mío, que conocía todos los rincones. En un momento fui a la cocina y me preparé un sándwich. Lo comí lentamente, sin decidirme a pensar en otra cosa que en aquella mañana de sol, en el cerro que aún estaba en sombras y en el frío del piso debajo de mis pies descalzos. Después, termine por llamar a Paulina.

-Buenos días…

-¿Amaneciste bien?

-Paulina, oye…, perdóname. No puedo ir a comer esta noche a tu casa. Tengo otro compromiso. ¿Me escuchas?

-Sí, Max. ¿Sólo por eso llamaste?

-Sí, por cierto.

-Es curioso, siempre llamas por lo mismo. Su voz era tranquila-. ¿Max?

-¿Sí?

-No, no importa.

-Te llamaré.

-Es claro…, cuando quieras.

-Adiós.

Corté y me quedé esperando que pasara algo, algo que no llegó. Pensé que la venida de Marcelo era lo mejor que me podía ocurrir, y pensarlo no me pareció humillante, aunque sí me desagradó que fuera mi única salida posible. Encontré que él tenía un destino que se cumplía sin resistencia, destino que poco a poco se iría complicando. Me puso triste pensar que un día él también debería abandonar el

pensamiento de las cosas inmediatas para pensar, sí, simplemente para pensar y esperar. Los jóvenes saben poco del amor; cuando llegan a saberlo, se encuentran de pronto demasiado viejos. Pero yo tenía muchos argumentos para no sentirme viejo. Quizás apenas maduro. Porque había aprendido a esperar, no sabía realmente qué…, esperar paseándome todo el día por el departamento con un coñac en la mano, con un vértigo que se aplacaba a cada sorbo, con los ojos tranquilos, sin necesidad de otra cosa; porque había aprendido a ver y a sentir cada músculo independiente de mi cuerpo, cada vena que se alteraba con el menor roce de la camisa; porque no podía escuchar el ruido del teléfono sin experimentar un sobresalto…

Pero Marcelo llamó al final de la tarde. Me dijo que a raíz de mi negativa de ir a comer a su casa, Paulina se había ido al campo. Me pedía que lo pasara a buscar a las siete. Iríamos a casa de Elena, una amiga común. Eran las seis y media. Me vestí rápidamente y llegué sólo diez minutos atrasado. Él se estaba duchando. Di vueltas el picaporte del baño y lo encontré cerrado. Adiviné, por la cama en desorden, que recién se levantaba. Contemplé largamente esa cama revuelta, con un poco de estremecimiento, con una ternura que me molestaba y que no podía evitar. Era como un roce que me subía desde los tobillos y se me agolpaba en el vientre. La blancura de las sábanas, los pequeños pliegues esparcidos… Me tendí allí y percibí el olor a lavanda de Marcelo; toda la cama empapada de su olor; y sentí la felicidad que se desparramaba por mis miembros y los pómulos, que se me ponían tirantes con un ligero cosquilleo. Me di cuenta de que tenía una náusea en el estómago, una bella sensación de libertad, de sol en la mañana. Hundí la cara en la almohada y encontré el género suave que sostenía por las noches su cabeza, un género que poco a poco se volvía tibio. Aspiré profundamente la vida de Marcelo, que estaba pegada a esas cosas, y la felicidad me hizo olvidar el ruido de la ducha, el calor decreciente y la totalidad de los antiguos temores; esa felicidad se unió a las paredes que temblaban, a la fuerza de ese verano vertiginoso y al apaciguamiento de todas mis angustias. Entonces experimenté un mareo y un golpe de sangre en el cerebro…

Oí que él cortaba la ducha al otro lado. Lo imaginé resplandeciente, abochornado, satisfecho por aquellas sensaciones que le daba el mundo todos los días. Me dije que yo tampoco podía vivir sin esas sensaciones, pero que para mí ya eran menos frecuentes.

Un rato después, él apareció por la puerta del baño.

-¡Ah!, ¿estás ahí?

Llevaba una toalla y se secaba el pelo. Imaginé cómo me vería: sentado en la butaca, un poco pálido, fumando un cigarrillo.

-¿Sabes? dijo-. Me llamó Cristina para invitarme a una fiesta el sábado próximo.

Creo que no pude disimular un dejo irónico. Él me preguntó, golpeándome la espalda:

-¿Y si no fuera?

-Perderías una buena oportunidad de conquistas.

Entonces dijo:

-Ya está. Eso es fácil. Las mujeres tienen menos vanidad que los hombres. Pero son más honestas. Amar, dormir con ellas, significa darles vanidad. Lo difícil es satisfacerlas a todas, ¿no crees? Hacen el amor, toman desayuno, se atormenta mutuamente…

Durante un rato estuvo disertando acerca del asedio de las mujeres. Era increíble la capacidad que demostraba al hablar. Se hubiera podido pensar en aquellos sátiros descuartizadores de doncellas de otros tiempos. ¡Y era tan niño! Lo miraba vestirse y me alegraba que aquel torrente de palabras mal hilvanada no tuviera realidad. En verdad, no se le podía creer mucho. Quizás esa misma Cristina fuera uno de sus personajes imaginarios. Nunca se llegaban a saber concretamente esas cosas. Al principio me angustiaba su frivolidad. Ahora me era indiferente. En parte, lo único que me preocupaba era su cercanía. Mirarlo vestirse y encontrarlo admirable; no poder desconocer su elegancia, sus modales finos.

Cuando salimos, tomamos la avenida del parque. Íbamos despacio, y yo me repetí

muchas veces cuánto amaba esa hora del los sábados, cuando todo era distinto y debía ser feliz a cualquier precio. Dentro del coche había un ambiente que olía a lavanda, una frescura que subía desde mi camisa limpia y nos señalaba como seres de placeres unidos a la piel, a la suavidad, a la ternura. Con el rabillo del ojo atisbaba a Marcelo, sentado en el extremo del asiento, tranquilo, silbando una de esas melodías dulces que tocan en la radio sólo para que yo las recuerde. De perfil, era un nuevo hallazgo. Se diría que lo encontraba más maduro, más real, como si de esa manera viese al Marcelo que yo ambicionaba. Pero repentinamente me miró y volví a recoger su sonrisa de niño. Creo que quise protegerlo tomándole la mano. No sé. Fue un acto impulsivo a través del cual pretendí impregnarme de su confianza, de su alegría. Pero a medida que sentía sus nudillos en mi palma y el roce de sus pequeños vellos, esa sensación primitiva, espontánea, se cambió en aquello que odiaba, pues sabía que terminaría destruyéndonos. Bruscamente aparté la mano y pisé el acelerador.

-¿Qué te dio? preguntó él.

-Llegaremos tarde a casa de Elena.

Marcelo había dejado de silbar y, como si hubiera comprendido, se tendió a mi lado y levantó mi mano. Comenzó a rozármela suavemente con los labios semicerrados, y yo me dejé llevar por esa sensación que hubiera querido rechazar. Era lo de siempre; lo que imaginaba por las noches, el furor, la congestión. Poco a poco fui apretando más los dedos y sentí que el roce de sus dientes me dañaba; sentía la sangre en los ojos y las luces que ligera pasaban por la calle. Disminuí la velocidad y me interné en el parque. Al lado de los árboles detuve el auto y me volví hacia él. Se incorporó con rapidez. Sonreía.

-¡Vamos!, ¿qué te pasa?, ¿por qué paraste?

Traté de encontrar un tono natural en lo que me decía. También oí la música, esa música que en el fondo siempre lo estropea todo. Felizmente, pronto sentí que algo cedía, que volvía a descansar un poder erguido dentro de mí, que se deshacía un nudo. No obstante, me avergonzó el peso de esa humillación extraña, una humillación en la que reconocía el miedo, el miedo enorme que reptaba como un gusano en mi espalda. Por último me dije que nada importante se podía lograr sin sentirse humillado.

Luego, rápidamente a casa de Elena.

***

La vida de Elena, la pintora, se prolonga tanto como la mía. Decididamente, temo que deba darle lo que le corresponde. Tendré que mirar en el pasado, para hacerla surgir de la memoria como la vi por primera vez, en aquel café lleno de artistas, absolutamente ebria, nimbada de aburrimiento. Cinco años atrás. ¿Cómo podré recordarla? La primera vez, se sacude, nace, improvisa un quejido. Va surgiendo así desde un tiempo en que me era desconocida, de una muerte de tiempo dentro del cual no la habría llorado ni odiado. Elena, deberé tomarla en cuenta, desgraciadamente. Y no sé cómo hacerlo. Su imagen, como una gran mancha de lodo sobre la cual sopla el viento, se alarga imprecisa, llena de aristas blandas y carcomidas. Se forman círculos en mi memoria; círculos que convergen abigarrados, pletóricos de gestos, de miradas ocultas. Una tragedia tiene siempre esta clase de elementos.

Después de unas copas de gin se convence de que no puede volver a casa. Entonces la acompaño, la conozco, la inquiero. Me dice:

-¿Quién eres tú? ¿De donde sales? No te conozco. Estoy un poco mareada. Pero no lo creas, no me pasa nunca y sonríe débilmente-. Lo malo es creer en los viejos cuentos. Estoy un poco sola, ¿sabes? Ya… ya… Deja fe hacerme caso… Sólo queremos encontrar un amigo, escuchar una música y olvidarnos… Yo soy mayor que tú, Pedro, recuérdalo.

Y en la noche de invierno caminamos hasta su departamento. Ahí la dejo, exhausta, tiritando de frío nervioso. Una cortina de niebla emerge desde el río. Las ventanas se empañan. Me pregunto quién será Pedro. Ella no puede decirlo. Trato de desvestirla, pero se resiste. La dejo, entonces, adormilada sobre una butaca del pequeño estudio, y miro alrededor. En realidad, no atino a hacer nada. Durante un rato observo los cuadros que están colgados. No entiendo mucho, pero me gustan. Todos tienen un leve parecido. “El estilo”, me digo. Me avergüenza un poco mi ignorancia. Pero me doy cuenta de la situación real. De esa noche, del café y de la muchacha que descansa en la butaca. ¿Quién será? Miro la firma bajo uno de los cuadros y leo: “Elena”. Elena. El chispazo azul de un cable eléctrico ilumina el departamento.

La niebla se desliza por la calle. Es tarde, pero falta mucho para el amanecer.

Después de esa noche, nos seguimos viendo. Salimos los dos solos. Esto nos da confianza y se abre nuestra amistad. Aprendo a conocer a Pedro a través de ella. También aprendo a odiarlo. Es una historia larga e inútil. Con ella conozco un mundo que quizás no me corresponde. Junto a Elena llegan la primavera, el verano, el otoño y otra vez el invierno. Así, durante cinco años. Nos vemos esporádicamente. Somos amigos. No nos tocamos. Mientras las estaciones hierven alrededor, nosotros permanecemos en una caja secreta que nos alienta pausadamente.

Dentro de esos cinco años llegó Marcelo. Sin embargo, todo siguió como antes. Las tardes frías, o cálidas, o templadas. La atmósfera asfixiante o clara de la ciudad. El tiempo del amor y el de la resistencia.

Sí, al fin la veo como entonces. Puedo tocarla. Le observo constantemente los ojos. Los ojos negros. El cabello corto y el perfil fino y alargado. Un semilleo de lunares le bordea la boca. Además, es atractiva. "Una hermosa mujer", pienso. Belleza que se frustra en la belleza del mundo. Tengo su retrato presente con los elementos verdaderos. Una herida brillante rodeada de un coágulo negruzco. Su imagen. Los rasgos de su rostro finamente esculpidos en materia volcánica, salpicados de lágrimas de lava. Después, la espuma, llena de escoria espesa. Pero me pregunto si no la retrato mal. El subconsciente mira entrevelado y apoya su dedo sanguíneo en la parte más áspera.

Elena lo representa todo por unos años. Larga historia que se prolonga más allá de su esfera. Que trasciende. Recuerdo las miradas en la calle, los ojos acuosos al quedarse en suspenso. La actitud evasiva de algunos días, cuando la encontraba sentada en su estudio, frente a un cuadro inconcluso.

-Mira, no quiero nada. Este cuadro es una calamidad. No puedo lograrlo. Además, tengo un terrible dolor de cabeza.

Yo ya lo sabía y me callaba. Eran los días en que la imagen de Pedro la atormentaba de una manera insoportable.

Esa devoción que no tenía precio la hacía agigantarse ante mis ojos. Nunca le conocí a nadie que traicionara su recuerdo. En realidad hacía vida solitaria. Esto me convenía. En los

primeros años salíamos a caminar, ya sea bajo un cielo estrellado de verano o bajo la tranquilizante mirada de una noche de lluvia, por la ribera del río, muchas veces sin decirnos una palabra. Esos momentos se detienen en mi memoria, como si recordara la trayectoria de una llama de sodio por el interior del vacío o el olor de la escarcha en el invierno.

Escarcha sobre los jardines. Viento precursor de ternuras arrobadas. La visión intuitiva del camino que nos conmovía en esos años. El exterior inmanente en nosotros.

Con la llegada de Marcelo, Elena tomó una nueva actitud. La protección. Sin poder protegerse ella misma, salía de su soledad para respaldar las vidas que quizás latían en su potencia. De alguna manera, Elena nos absorbía, nos atraía a su guarida. No soportaba la idea de sentirse sola. La conciencia de su frustración se traducía, no en desesperanza, sino en un afán de dominio irrefrenable, como si quisiera poner a prueba su dignidad.

Estos rasgos de su carácter expresan lo complejo y lo simple de su vida. Hay una totalidad que se ajusta a cualquier coeficiente mental. Una mirada. La música en el recuerdo. Los quejidos destemplados de una cuerda triste. El perfume de una época sigue a Elena a la distancia. No la abandona. Incluso algunos recuerdos que nublan en parte la nitidez de su retrato, tienen para mí una gran importancia; los sábados por la noche quiere bailar y abandona su estudio envuelta en un vestido de gasa demasiado viejo. En realidad, no tiene conciencia de las épocas. No sé si esto se debe a un olvido involuntario o a su capacidad de egoísmo que la lleva a efectuar actos insólitos. Vaga de esa manera por las casas de sus amigos (de sus ex amigos), hace vida mundana, se emborracha. Al amanecer ya tiene pagado el precio de la soledad que tendrá en los próximos días. Se queda dormida con una sonrisa y espera que los nuevos momentos le devuelvan el equilibrio perdido.

¡Pero cuánto rencor podría poner yo en mi relato! No obstante, me resisto a hacer esto. Mi voluntad puede más que mi egoísmo.

Espectros de luz por la ventana. Afuera, la noche. Una bocina lejana despierta a Elena, que se incorpora de un salto en la cama. Sus ojos asustados buscan la luz en la oscuridad. La oscuridad… Es un aviso. Se vuelve hacia Pedro, que duerme a su lado. En medio de las sombras trata de encontrar su mano. Pero no la encuentra. Siente que tiene la frente bañada en

sudor. Encontrar la llave de luz se le convierte en el objetivo de toda su vida. La oscuridad… Recorre con el cuerpo la anchura de la cama. Y de pronto coge la lleve con la mano. Pedro se ha marchado dejando un orden perfecto. Ni una nota sobre la mesita de noche.

En resumen, ésa es la tragedia. Ni más ni menos. Y en ella se da vuelta Elena silenciosamente… A esto siguen gestos, sonrisas, recogimiento de los ojos en un acceso de llanto. El conjunto de las expresiones que no significan nada, pero que nacen tan comprometidas como deyecciones del espíritu.

Ahora me encuentro absorto en la contemplación de Elena. Y veo que no puedo salir de ella fácilmente. Es el enorme resumen de su tristeza. La visión de los puentes. La noche. Sus pasos lentos y familiares. Repaso, muy a mi pesar, la geografía simple de esta ciudad que guarda, celosamente, la integridad de su aroma y el peso triste de su fatiga.

***

Elena, detenida en la puerta, sonreía.

-¡Qué casualidad!, en este momento pensaba en ustedes.

Adentro, las mismas habitaciones llenas de cuadros. La misma atmósfera agobiante, espesa.

Una curiosa expectativa nos rodea. Elena me hace descorchar una botella y comenzamos a beber. Siento que con ello se alejan los temores recientes. Todo irá bien. Sin embargo, me percato de que Marcelo se aburre. ¿Por qué viene, entonces? Durante la conversación lo observo levantarse, recorrer la habitación mirando los cuadros, beber un vaso detrás de otro. Siento miedo.

Elena se adelanta.

-Marcelo, venga, siéntese conmigo. Su ingratitud me conmueve, cuénteme cómo fue su viaje.

-Aburridísimo exclama él.

No soporto una carcajada. Elena se vuelve y me mira.

-A Max lo hace reír cualquier cosa dice Marcelo.

-Max, por favor, déjalo terminar.

-No dice él-, cambiemos de tema.

¿Qué hacer? Sabía que si me burlaba de Marcelo, terminaría por caer en una de sus crueldades. Se vengaría. Lo mejor era desviar el asunto. Pero Elena dice:

-Este año iré a la cordillera más tarde que de costumbre. Ustedes, ¿qué harán?

-No lo sabemos aún. Todo depende de Marcelo.

-Yo prefiero quedarme en Santiago dice él-. Estoy aburrido de moverme.

Se desentiende. Tiene una vida personal. Seguramente, sus amigos… Marcelo tiene amigos. Amigas. Hay tantas horas suyas que yo no comparto. Elena lo sabe. Y pensarlo me aterra.

-Sería mejor ir a la costa insinúo.

Espero una mirada suya. Su aprobación. En lugar de eso se levanta y se aleja. Ahora me siento humillado ante Elena. Pero ella me comprende. Recuerdo mi elección. Elegir es lo único sensato que pueden hacer los seres como nosotros.

Observo a Elena. Pálida. Recién adivino que no está como siempre. Podría asegurar incluso que nunca había estado de esa manera. Desea decirme algo por primera vez. Algo distinto. Pero no la fuerzo. Sostiene su copa en la mano con aire distraído. El silencio pesa sobre nosotros. De repente quiero terminar y me levanto.

-Espera un poco, por favor me pide.

A lo que no sigue nada. El silencio. Los pasos de Marcelo resuenan al otro lado, en el estudio. Los oigo diferenciados de todos los rumores. Deseo seguir esos pasos. Pero vacilo entre seguirlos o preocuparme de Elena. Poco a poco, los pasos también toman parte del silencio; de ese silencio que invade la vida, de nuestra humilde forma de comunicarnos. Quisiera saber ardientemente lo que piensan ellos dos. Elena, con su rictus concentrado; Marcelo, un sábado en la tarde, con un panorama aburrido para sus dieciocho años.

Pero Elena se anima, llena de nuevo las copas y sonríe.

-No vas a creerme, Max dice-. Anoche… me encontré con Pedro. Inesperadamente.

Lo dice masticando las palabras, sin mirarme.

-Sabía que aún estaba enamorada de ese idiota. En realidad, no sé por qué lo sabía. Hacía mucho tiempo que deseaba verlo. Terminar de una vez, ¿sabes? Es lo que se tiene que hacer en estos casos. Anoche vino aquí. Sin sorpresas ni aspavientos. Quise contemplarlo como entonces, pero me fue imposible. Tenía un aire distraído que yo no recordaba, que no era de él. Seis años perdidos suspiró-. Anoche me di cuenta de que esos años habían sido en vano y que simplemente era fácil sacarse las fijaciones de encima. Me di cuenta de que era libre… ¡libre!... y se quedó en suspenso, repitiendo por lo bajo-: libre.

Tenía una exaltación risueña en los ojos.

-Sin embargo, ahora no sé exactamente de qué me sirve sentirme libre.

Vi que sus manos se aproximaban al borde de la butaca y se quedaban allí, pálidas, sudorosas. Mientras tanto yo pensaba en algo que decir. Nada. Enciendo el gramófono. Al poco rato surge una melodía lenta y envolvente.

Marcelo vuelve y noto que está borracho. Me siento incómodo. Llega, se detiene ante mí y sube el volumen de la música. Elena se echa hacia atrás en el sillón. Lo mira. Él se da cuenta y se sienta n la alfombra, a los pies de ella. Con un gesto involuntario, Elena le revuelve el pelo. Me conmueve su ternura. Los veo allí, alejados: Marcelo, en su borrachera; Elena, en su sueño. La música. Yo también bebo.

Estoy consciente de lo que él quiere. Está borracho. No debo hacerle caso. Su pasión: las mujeres. Pero con Elena es distinto. Ella no puede entrar en el juego.

Siento que el alcohol hace su efecto. Me tiendo en la alfombra, junto a ellos, y permito que el rumor de la música y las voces me adormezcan.

De pronto, la voz de Elena sobresale:

-No, Marcelo… no. Estás borracho. Te prepararé un café.

-Claro dice él-. Tú también de acuerdo. Todos de acuerdo. Perfecto. Aunque yo me tenga que ir a otra parte porque no soporto más. ¿Comprendes? Nada más. Me avergüenza esto. Yo deseo otra cosa. Max lo sabe. Pero todo es fácil mientras tanto.

La inercia de la borrachera hace que nada me importe. Oigo las voces, los requerimientos. En el fondo lo encuentro bastante increíble. Absurdo. A las palabras de Marcelo sigue el silencio. No me atrevo a abrir los ojos. La cabeza me pesa como si la tuviera pegada a la alfombra.

"¡No, no, no!" Alguien trataba de levantarme. Abrí los ojos y vi sonreír a Elena. Me dijo que era tarde y que Marcelo se había marchado furioso. Me sentí completamente enfermo. Ebrio; más que todo de miedo. Ella me llevó hasta el coche, me acompañó a casa. Allí preparó un café y lo bebimos en silencio, lentamente. Luego se levantó, fue a la cocina y trajo la botella de coñac. De ahí en adelante es bien vago mi recuerdo. Vasos que se repetían y palabras fugaces, risas que me sonaban extrañas y largos silencios. Luego, nada. Despertarme solo en la mañana en medio de una locura de vasos y cigarrillos apagados. Traté de hacer consciente ese desorden y recordé todo de inmediato. Elena, la noche anterior, el coñac, las risas… Sentí un gusto apestoso en la boca y volví a sentirme solo, sin ningún objeto. En seguida pensé que era tarde y que debía vestirme.

***

Trato por todos los medios de reconstruir aquel día en mi memoria. Es importante. La misma luz podía proponer dos momentos diferentes: pocos días antes, la llegada de Marcelo; ahora, su rechazo.

Pero me pregunto qué es lo verdaderamente importante para uno. Me divierte recordar que yo construía mi vida con lo que Marcelo desechaba. Lo importante sería al fin lo que puede producir contento. Pero tampoco estar contento es necesario. Entonces, no es eso lo importante. Por último, creo que no quiero preguntarme lo que sea. Es mejor seguir

expresando todo entrecortadamente, con balbuceos. Pero me decepciona la recompensa que eso pueda tener. Tampoco quiero comprensión. Las mismas observaciones que yo hago no pasan de ser vanos esfuerzos por retener un mundo adherido al pasado y ya nunca más vivo. A lo que más puedo aspirar es a cimentar de acuerdo a la verdad un argumento penoso. Destruir lo pasado. Eso es. He trazado las líneas generales de un sistema para poder liberarme definitivamente de los fantasmas. Sólo la luz permanece intacta. Hace su aparición en la mañana, nos muestra todo lo que odiamos y se encoge de nuevo dentro de su tiniebla.

Ahora deseo clarificarme. El licor del día se decanta y paso a formar parte de un análisis. Esa conciencia que lo devela todo, que lo limpia, pasándolo a uno a través de un cedazo de luces, muestra con evidencia que algo puede pertenecernos, aunque sólo sea nuestra propia muerte. Siquiera por eso debo seguir este relato. Marcelo vive en mí, lo sé. Su muerte también me pertenece. Cualquiera existencia puede funcionar de esta manera. Dejando en claro sus fines. De la misma forma que pretendo sacar una historia de la luz, así, igualando la extracción de una palabra, pretendo revivir estos hechos para remisión de mi soledad. Las oblicuas ondas luminosas semejan la dirección ambigua de la felicidad; la tierra, que recibe esas ondas como un gran prisma, viene a ser la conciencia develada que adelanta sus defensas tapando los claros de vegetales para que la crueldad no traspase demasiado la superficie y mate el centro de la vida; largos y flexibles vegetales que defenderán la fragilidad del deseo, de la soledad, de la palabra que, de miedo, nunca se repite.

La luz encubierta. Planos que resbalan desde la cumbre y que llegan a la ciudad convertidos en un smog espeso: el aroma de Santiago. Este cielo azul que respiramos, la luz opaca que confundimos con el mediodía. Todo está tergiversado. El humo, incluso ahora, en el verano, penetra la visión y deja los ojos acuosos de dolor. La luz se enfría al contacto de esa bruma espesa que lo invade todo. El verano se ahuyenta. Rasgones azules de nubes grumosas desfilan silentes mientras nosotros tratamos de ser felices a fuerza de palabras. La sensación del día blanco. El horror del día. El resabio de la borrachera. El calor.

Aquel día, por la tarde, me fui al campo. La casa, en medio de una herradura de árboles simétricos, daba la cara a un terreno que vacilaba sobre el camino. Al traspasar las puertas del

parque percibí el olor húmedo, un poco vegetal de la tierra, sensación que afuera se perdía en la sequedad del aire. Cada vez que abría esas puertas sentía la misma emoción, una tristeza provocada por el pensamiento de que algún día la casa con el parque se pondrían en venta y todo aquel mundo de mi infancia se derrumbaría. Sin embargo, al mismo tiempo esa visión me volvía apacible, tranquilo; me hacía concebir pensamientos buenos y me olvidaba por instantes de que en una época de mi vida había abandonado ese mundo para abrazar el espacio cerrado, asfixiante, de un departamento de cuatro habitaciones, circundado de ruido.

Ahí podría quizás serenarme. (Sólo ahora sé que huir no reporta ninguna ganancia. Somos como grandes odres con tapa de seguridad de donde no se puede sacar experiencia alguna.) Por entonces creía que huyendo abandonaría los problemas. También la perspectiva de estar en el campo, de ver otra vez ese pequeño recinto cerrado, me hacía desear tranquilidad, el abandono de permanecer inmóvil con los recuerdos. No quería más que eso. Inmovilidad, paz, olvido de mí mismo.

Durante los primeros días me dediqué a tomar el sol y a sumergirme en el agua fresca de la piscina. Por las tardes me echaba sobre una hamaca y ponía discos de Bach en la electrola. Con esto quería hacer patentes ciertas diferencias, agrandar la distancia que me separaba de lo mental, de lo analítico, ya que sólo lo espontáneo me servía. Además, no quería pensar en Marcelo. Deseaba probarme que de alguna manera yo era autosuficiente; nada de lo exterior debía conmoverme, ni el ruido, ni Marcelo, ni la belleza del mundo. Intentaba despejar esas imágenes de mi cerebro, pero sólo conseguía sentirlo como una pila eléctrica, embotado y lleno de confusión. Una y otra vez traté de averiguar lo que había de verdadero en mí, en Marcelo, en nuestras vidas. Anhelé terminar con nuestra historia; aunque fuera un libro que en muchos momentos pudiera llegar a su término, y que no obstante continuara hasta ese fin que no tenía nada en común con nosotros. Hasta nuestro fin. Un fin en el que ya no existiera Marcelo y en que eso no conmoviera a nadie, ni a mí mismo. Y entonces, ¿qué me hacía vivir esa historia?, ¿podría quizás sacar lo permanente que estaba oculto?, ¿la imagen del dios de todas las noches?... Sabía que alguna vez Marcelo moriría y que en un momento tampoco reconocería su rostro. Aun así, ¿por qué me empeñaba en encontrarle ese lado durable,

permanente, a todo lo que él era?, ¿a su belleza? Yo creía perseguir algo, ver un camino, un orden. No era el abandono, no, no podía ser eso. Sabía que en esto existían la intimidad, la alegría, las sensaciones llenas de un fuego encendido en los días oscuros. Y las mil caras del sueño… Esa era la causa por la cual esperaba tantas cosas. Gritaba que podía esperar, que luchaba por esperar. Sin embargo, ahí estaban el parque, la casa, y yo solamente en medio de ellos. Miraba los flexibles caminos de maicillo y no podía comprender que me encontraba solo.

***

Al cuarto día me telefoneó Paulina, avisándome que Marcelo estaba enfermo. El mal estado de la línea hacía que escuchara su voz lejana e inconexa. Me decía casi gritando:

-¿Cómo te sientes?, ¿muy solo? A Marcelo le gustaría que vinieras. Podrías tomar el tren de la mañana y almorzar…

En el primer momento encontré aquello grotesco. Pero luego me sorprendí diciendo con una voz irracional:

-Sí, sí, inmediatamente.

Cuando lo hube dicho, me di cuenta de que había ido más allá de mis propósitos. ¿Qué pasaba? Seguramente Marcelo se aburría y Paulina no tenía más remedio que llamarme, o, por el contrario, era Paulina quien se aburría y Marcelo accedía a que me llamara en su nombre. Es extraña la forma que tenemos a veces de darnos respuesta a problemas cuyos desenlaces debemos aceptar de cualquier manera.

Volví a Santiago esa misma noche. Desde la estación llamé a Paulina. Me dijo:

-No te esperábamos tan pronto. ¿Vienes a comer? Marcelo se alegrará.

Después cortó y me quedé un momento aún con el teléfono en la mano, entre sorprendido e incrédulo, convenciéndome de que tenía que dejarme llevar por todo lo que me

sucediera.

Ya metido en un taxi, corriendo por las calles que aún conservaban un poco el calor del día, sentí, por primera vez, con tristeza, la ciudad alrededor.

Al recordar, hoy, esos momentos, trato de precisar en mí lo que en esa época llamaba mi felicidad al lado de Marcelo. Un sentimiento que hoy es bastante impreciso, pero que me viene por etapas, acompañado de estremecimientos. Entonces pienso que debo saber encontrar en mí esa razón meridiana, necesaria para clarificar el rostro del pasado. Una razón suficiente. Es curioso. Mientras los gestos de Marcelo se me hagan presentes como visiones que pueda repetir, el camino de esa claridad permanecerá accesible.

Después de aquella noche en que volví del campo todo fue distinto. Pasaba los días en la casa de Marcelo, al lado de su cama, jugando largas partidas de ajedrez. Por lo general, Paulina se sentaba en una butaca, frente a nosotros, y leía un libro. Yo sentía que así nos acompañaba, que nos cuidaba. A veces Marcelo ponía un disco en el pequeño gramófono manual y lo escuchábamos tranquilos, como un ruido lejano. Eran discos vulgares, cantados por negros de voz gutural; discos que estaban de moda. La moda la usamos rigurosamente, como insanos. Yo usé esos discos también, y una parte de mi vida está ligada a esa manera absurda de tomar las cosas. Algunas veces me preguntaba: "¿Qué hago aquí?" Me contestaba: "Nada". Y no me sorprendía.

Una tarde, Paulina entró en la habitación arreglándose el cabello.

-Marcelo, esta tarde te dejaremos solo.

-¿Qué pasa? preguntó él.

-Nada. Max y yo saldremos.

Miré a Marcelo.

-Bueno dijo él-. Pero tráigame el teléfono.

En la puerta, Paulina explicó:

-Se me ha ocurrido que esta tarde podríamos pasear un poco. Ir al teatro… o a bailar.

-Sí, claro dije.

-Max…

-¿Qué?

-¿No te desagrada? A veces pienso que es una locura desperdiciar el poco verano que nos queda. Pronto empezará el frío.

En seguida suspiró:

-Vamos.

Dimos un paseo en auto por el San Cristóbal. Nuestro paisaje. La ciudad rosada por la luz de la tarde. En aquel momento lo tenía todo. Podría perfectamente dejar a Marcelo seguro en su cuarto. Paulina reía y hacía gestos adolescentes; se doblaba en el asiento y me tomaba la mano. Yo encontraba que estaba encantadora. Cuando oscureció, nos detuvimos en un club, cerca de La Reina.

-Quiero bailar aseguró ella.

Rápidamente me impregné de su entusiasmo y una locura de hacer cosas me golpeó en el cerebro.

Bailando, se abandonó en mi hombro y nos callamos. Olí su perfume, su pelo, y me sentí bien, desprovisto de impaciencia; todo a mi alrededor estaba tranquilo; podía vivir esa adolescencia momentánea sin oponerme. De pronto, entre la semiobscuridad llena de humo, vislumbré un gesto vago que se dirigía a mí. Llevé a Paulina lentamente hasta ese sitio y vi que alguien me saludaba. "Luciano", repetí, ya no lo encontré tan natural. Él aún se veía bien, con el pelo casi blanco. "Debe tener cincuenta años", pensé. Estaba con un joven, quizás menor que Marcelo, lleno de gestos voluntariosos. "Lo mismo", reflexioné entonces. Luciano me sonreía y su rostro se me reveló como antes. Me dio pena que pasara el tiempo. Imaginé lo que pensaría al verme ahí con Paulina. Al fin y al cabo, yo sólo había sido uno de sus amigos. Dos años de mi adolescencia, llenos de aspavientos, entregados a una locura intrascendente. Sonreí.

-¿Qué pasa? averiguó Paulina.

-Nada, ¿quieres que nos marchemos?

En el instante de partir, Paulina dijo:

-Ese ambiente me dejó triste. Por favor, vamos a comer a casa.

Me incomodó su lucidez, su vigilia atenta, con la que podía interpretar todas las cosas. Cuando íbamos en el auto, me tomó repentinamente del brazo.

-Espera. Aún tenemos tiempo.

Detuve el auto y me volví hacia ella.

-¿No comprendes? preguntó al fin.

En la oscuridad sentí su respiración lenta y profunda. Apoyó una mano en el respaldo y continúo sin mirarme:

-Estos son los momentos peores para mí. Tú no comprendes que desee ser feliz. Tengo esta vida que es un minuto, y me digo que es este minuto la única oportunidad que tengo para realizar algo, para salvarme. Después me será imposible hacer nada. Ser feliz como esta tarde y tener que volver a casa. Eso es lo que no puedes comprender.

-Sí, trato de entenderlo.

-Pero hay que volver, ¿no es cierto? Hay que ver a Marcelo. Sonreír. Eso es… ¡sonreír!

"Es necesario pensé-, y te vas a morir si no haces otra cosa." Lo pensé sin odio, como si me lo aconsejara a mí mismo.

-Yo vivo en un estado continúo-, y no sé cómo se llama. No es felicidad ni desgracia, ni siquiera alegría. En un estado de años, tú lo sabes; un poder detenido en medio y que se niega a morir. Y yo sé por qué no muere. Porque no ha nacido. Hay veces que pienso si no soy sólo una mujer frustrada. Otras me pregunto qué va a pasar cuando aborte ese poder detenido en mí. Si me llegará la muerte con eso, o si sencillamente continuaré existiendo desposeída de todo.

Se echó hacia delante y se encogió sobre sí misma, llevándose las manos a la boca. Me pareció increíble que se redujera de esa manera, que abandonara su peso, su estatura. En seguida expresó en un murmullo:

-Vamos a casa.

Al poner nuevamente el auto en marcha tuve conciencia por primera vez de que algo iba a ocurrir, una intuición fulminante me avisó que algo nos arrollaría a Paulina, a Marcelo y a mí; algo seriamente malo para nosotros.

***

Tormenta eléctrica en la cordillera. Sobre el perfil desdibujado de los árboles aparece el resplandor de los rayos que marca la turbulencia de la noche de verano. El paisaje se dibuja. Aparecen los árboles. El oriente se ilumina con la energía acumulada en millones de años. Me digo: "Los volcanes". Pero estoy en un error. Es sólo el verano que no puede con su propia fuerza. Más al poniente, la luna de verano aparece como un meteoro de leche, enfriando el paisaje, dando de sí la luz inmóvil, viscosa, que envuelve los edificios en un solo tono gris fosforescente. La ciudad de noche.

Rebote de la luz en los cristales. Me muevo un poco para encontrar la posición correcta. Vacilo. Apagones de luz al otro lado; una tenue catarsis que vierte si destino incierto y que se debilita en el corazón sorprendido de miedo. Todo se encuentra en silencio. Escucho temeroso. Sí, es cierto. Salvo la lentitud del ritmo de la sangre.

(He llegado a un punto que no tiene salida. La inercia. Así se llama. Si la felicidad se pudiera expresar, seguramente seríamos inmortales. Pero esto poco importa. Trato, por lo menos, de conseguir una unidad en el pensamiento. Vuelvo a repasarlo todo.)

***

Tenía una idea ante mí y no lograba materializarla. Tenía el verano también, que formaba un todo con esa idea y que la hacía más real, más deseable. Tenía estos dos elementos y esperaba. Porque creía que debía saborearlos hasta que, sin resistir más, les echara mano. "Tener a Marcelo un mes conmigo me decía- y agotar el tiempo de mi deseo." Poder verlo en las mañanas y en las horas en que nunca lo veía. Estar solos, sin que el mundo me obligara a desear lo que no era él, lo que escapaba a mis momentos reales.

Sin embargo, creí necesario esperar algún tiempo aún para decírselo. Gocé guardando eso adentro y pensando en cuando viniera. Pero el verano bostezaba a punto de escaparse y me dio miedo. Se lo dije. Confesaré que nunca temí que él pudiera no aceptar, pues sabía que se aburría demasiado y que no vivía más que para la sorpresa, para e cambio.

Así, un día me encontré arrendando una casa en la costa por un mes y diciéndome que aquello era todo lo que yo deseaba. Sólo tuve que lanzar la idea y permitir que Marcelo la realizara. Él se hallaba entusiasmado y yo me alegraba por ello. Además, Paulina nos observaba sin oponerse. Cuando le comunicamos que podía acompañarnos, movió negativamente la cabeza.

-No, yo me quedo dijo.

Así supe cómo ella podía revelar su aplazamiento, su tranquila derrota. "Una casa junto al mar pensaba-, y Marcelo." Vivir la superficie de las cosas, olerlas, conocerlas al tacto, llegar a sentir su cercanía de manera tal que uno se emborrache con los ruidos, con los olores. En seguida, palpar la muerte. No podía desear más, era sencillo. También se podía acariciar lo que moría, lo ligero del tiempo.

***

La casa que arrendamos en Quintero tenía seis habitaciones, chimenea y una gran terraza. Quedaba sobre una ladera que bajaba hasta una playa pequeña, cerrada por dos rocas blancas cubiertas de pájaros. Un caminito se inclinaba desde la casa y caía justo encima de la playa. A la derecha, un segundo camino se perdía en la altura y llevaba a otra casa casi oculta por los pinos. Desde el principio supimos que se hallaba habitada. Tenía las persianas abiertas todavía, y por las tardes se oían voces y el golpeteo rítmico de una pelota de tenis.

Al momento de llegar comenzó para mí una situación demasiado simple como para vivirla plenamente. Traté de encontrarle aristas a nuestra relación y me vi obligado a reconocer

que todo era más simple, menos importante. Empecé a preguntarme acerca de lo que Marcelo integraba en mí, acerca de lo que me daba. Encontraba natural que él estuviera conmigo y que durmiéramos juntos por las noches. Sin embargo, ahora pienso que entonces le temía a esa inconsciencia que me acostumbraba a la felicidad; ya me parecía que todo iba a transformarse en una cosa parecida a la visión que tengo del sol cada mañana, visión que ya no me deja indiferente, o al significado verdadero de las palabras "Nunca más", que a fuerza de decirlas ya no me parecen con sentido. No llegaba a darme cuenta de que carecía de un principio por el cual pudiera saber que aquello sería duradero. Era feliz y me bastaba. Me era suficiente alargar la mano para saber que Marcelo estaba ahí, que no se había ido; que en las noches podía sostenerlo y repetirle suavemente: "Marcelo, Marcelo", hasta cansarme, y que en el día eran el mar y el sol lo que lograban unirnos en un abrazo quemante. "¿No ha sido suficiente?", me pregunto. Esos recuerdos penetran en mí y me agitan con una dicha molesta. Aquella temporada fue todo así. Por las mañanas bajábamos a la playa y tomábamos el sol, que nos caía a quemarropa. En esos momentos percibía el viento del mar, el olor aceitoso de la piel y una claridad rosada que me traspasaba los párpados. Esas sensaciones se me hacían conscientes y las recibía limpiamente, sin rencor. Algunas veces creía tocar la prolongación de nuestras vidas y me parecía que tocaba una superficie de laca, suave y compacta. Otras, esa prolongación se cerraba y volvía a sentir el vacío alrededor. Pero ahí tenía a Marcelo, tenía su risa, podía estrecharle la mano y sentir su cercanía. Nada quedaba olvidado para mí a partir de ese momento.

***

Los vilanos sueltos en el aire terminaban con el verano. Marcelo y yo podíamos sentarnos, uno junto al otro, sin mirar el mar, solos en nuestro mundo cerrado, encendiendo una llama de paz para no sentirnos excitados, para no movernos. La luz traspasaba el oscuro de los pinos y envolvía la sombra en una grisalla verde que, súbitamente, al ponerse luminosa, se

extinguía. El humo de nuestros cigarrillos formaba una veladura gris sobre la hierba. Veíamos los vilanos desprenderse por último y empezar un viaje sin concierto; imaginábamos que podían cumplir su destino en el viento sin resistirse a su designio, volar por encima de los árboles, posarse lentamente sobre nuestras cabezas. Todo se desplazaba más allá de los pinos, yendo a caer al mar. Era ése el movimiento; un descenso angustioso imposible de detener, una mirada que se deslizaba ingrávida sobre las dunas y que finalmente descansaba al llegar al borde de las olas.

Un tábano nos emborrachaba con su zumbido monótono. Arriba, el cielo estaba áspero. Yo sentía que era todo el verano el que latía en nosotros. "Paulina hubiera querido estar aquí", pensé. En ese momento, llegó volando una gaviota. La seguí con la vista, viéndola que pasaba en una elipse por encima de los pinos, que describía círculos imaginarios, que se remontaba y dejaba caer abandonada hasta casi mojarse el vientre en las puntas de las olas. Repentinamente me encontré igualando su vuelo con un movimiento de la mano; la hacía bajar dibujando, cerca de las pequeñas ramas del suelo, los mismos círculos vertiginosos; imitaba sus giros y su abandono. Pero luego la dejé posar sobre las rodillas. Y ahí quedó, tibia y ligera, palpando lo burdo del pantalón. Me asombré de que esa sensación fuera tan nueva, tan primitiva; sentir la piel como una corteza de madera, independiente de mí, de mi naturaleza.

Marcelo, a mi lado, estaba echado de espaldas con los ojos cerrados; tenía las piernas encogidas y los brazos por debajo de la nuca. Había adquirido un color tostado que se aclaraba en los párpados y cerca del cabello. Tenía puesta una camisa azul que le dejaba el pecho abierto y unos pantalones claros, estrechos, que se arrugaban en las rodillas. Pensé que podría permanecer toda la vida así, sin despertar, en la perfección cálida del día. Pero de pronto abrió lo ojos y miró alrededor.

-Me gusta esto dijo.

Se hizo rodar todo el cuerpo y quedó junto a mí, inmóvil, respirando suavemente. Yo le veía una parte del cuello que bajaba limpia hasta las clavículas y subía en un ángulo torcido perdiéndose en el pelo castaño. Le rodeé los hombros y lo atraje dulcemente hasta mi cara.

En un momento, quedamos así, palpitantes, dueños de un poder que no disminuía, y

que nos abrazaba tibiamente. El verano descendía sobre nosotros y lo vivíamos. Yo ya no me rebelaba; sentía una paz de la cual sólo yo era responsable, un temblor que vacilaba en el vigor de la tarde.

***

En ese tiempo, recuerdo, jugaba a sentirme solo. No sabía del tiempo que vendría después; no conocía la duda de desaparecer, del abismo de una noche que se demoraría por siempre. Sólo podía contar con los ojos azules de Marcelo y con el inmenso ajetreo de lo que me sucedía. A partir de eso, el mundo dejaba de tener anchura, el espacio y el tiempo caían en dimensiones en las cuales se fundían en un espacio y en un tiempo interiores. Todo nuestro alrededor carecía de peso; podíamos incluso dejar de movernos, sintiendo solamente el latido de nuestras respiraciones o el aleteo rítmico de un chorro de sangre en el cerebro. El calor del verano ayudaba a que esto sucediera sin conmovernos. Para nosotros, encontrarnos en las mañanas dueños de un tiempo que rápidamente adquiría proporciones preciosas era algo que no llegábamos a comprender totalmente. Era necesario agotar esa experiencia y olvidarse del resto. Mirar adelante o atrás era un absurdo, pues el pasado y el futuro no existían donde no existía el tiempo. Sin embargo, esto sucedía en mí y no podría asegurar lo mismo de Marcelo. Encontraba que mi tranquilidad valía mucho más que cualquiera de sus deseos. Era esa capacidad de engañarme que en el fondo constituía lo único que podía ligarme a una clase especial de medida, de orden; un orden unido a mi posibilidad de dominio sobre un mundo que finalmente no me pertenecería. En todo caso, aquello que me hacía sufrir más terriblemente, su lejanía, estaba superado, y los momentos en que me hallaba a su lado los iba combinando para que nuestra relación se encaminara por el lado que menos me dañara.

Todas las mañanas lo veía en esa actitud infantil, durmiendo boca abajo. Me quedaba inmóvil, observándolo hasta que él despertaba. Ahí se rompía esa visión y comenzaba el día.

Le preparaba el desayuno, nos duchábamos e íbamos a echarnos a la playa.

Recuerdo que Marcelo hacía acrobacias en la arena; recuerdo sus gestos, sus maneras suaves. Uno de esos días sentí alrededor un leve movimiento sombrío.

-¡Mira! dijo Marcelo.

Una muchacha en shorts, con el pelo suelto, caminaba frente a nosotros.

-Es de la casa del al lado. ¿Qué te parece?

Marcelo tenía un ligero temblor en los párpados, pero los mantenía fijos, sin pestañear.

-No está mal dije.

-¡Max!

-¿Qué?

-Nunca he sabido cuál es tu tipo de mujer. A veces pienso que es Paula… Tú, mi padre. Sería divertido.

Yo lo miré sin expresión.

-Harías de esa muchacha tu amante.

-Es claro, se comprende.

Pensé en algo que no podía dejar de expresar.

-Me pregunto qué hago aquí contigo.

-Descansar. Tú lo querías.

-Todas las formas inimaginables del descanso.

Me di cuenta de que estaba ironizando y que no valía la pena.

-Dame tu mano.

Sentí alegría en molestarlo.

-¿Por qué? ¿Te gusta? preguntó.

-Sí.

-Ya entiendo.

-Tú lo sabes.

-Sí, me gustaría saberlo.

Yo mismo me arrastraba al abismo. Había cosas insensatas, aburridoras.

Marcelo permaneció inmóvil. No me miraba. Yo pesaba la arena en mi mano y la encontraba húmeda, repugnante. El momento que no terminaba.

-Quisiera saber lo que hace Cristina. Su fiesta… ¡suspendida! Me llamará por teléfono. Chillará. Me la imagino. Paula deberá cargar con todo…

Absurdamente, yo también imaginé a Paulina en Santiago contestando teléfonos, anotando recados. En seguida pensé que aquello la aburriría y que el mundo de Marcelo nunca llegaría a interesarnos a Paulina y a mí; en un momento vi a Paulina como mi aliada, pero luego empecé a sentirme solo, lentamente, con estertores. Por último, la mañana se me hizo insoportable; me levanté, y sin mirar a Marcelo, subí por el camino hasta la casa.

***

Un día de las últimas semanas recibí una carta de Paulina, en la que me decía que deseaba venir a pasar unos días con nosotros. Al principio no adiviné sus razones, pero supuse que la causa estaba muy lejos de ser el mero y vulgar hecho de espiar. Eso no estaba a su altura. Lo que sí me preocupó fue pensar que todo terminaba allí. Cuando se lo comuniqué a Marcelo, dijo: “Magnífico”, y se encogió de hombros. Al escuchar el “magnífico”, pensé que esa temporada era intrascendente, que nada significaba dentro de aquel tiempo. Después vi esa expresión de todo su cuerpo, que no testimoniaba desaliento, una inclinación hacia delante, que luego se volvía rápidamente de un lado y descansaba. Ese gesto en nada se vinculaba con el “magnífico” que lo precedía; una inclinación ambigua que dejaba las cosas como estaban, un retrato completo de Marcelo, la sustancia de su vida sola.

Paulina fijaba en su carta la fecha y la hora de llegada. Debíamos ir a buscarla en automóvil a Viña. Me alegré pensando que aún faltaban cuatro días, en los cuales seguiríamos el mismo ritmo que habíamos llevado hasta ese instante. Muchas veces me decía que esa llegada no era verdadera y que todo seguía igual; inconscientemente quieto, absurdamente

bueno e inmóvil.

La última mañana, desperté muy temprano. Al abrir los ojos me di cuenta de que Marcelo estaba echado sobre mí, su cabeza encima de mi brazo. No me moví. Cerré los ojos de nuevo y pensé en eso que tenía, en eso que me tocaba, ahí donde el hombro forma un hueco con el cuello. Peso, hombro y cuello, la última sensación de una cabeza que se demora durmiendo, una imagen entre opaca y viva. Es curioso. Veo el momento de aquella mañana como una fotografía negativa, con los valores permutados; veo a un Marcelo que me toma, que trata de retenerme, asiéndose a lo que quedaba de nuestro mundo; tengo la impresión de que en ese instante el fuerte era yo y que fui yo el que finalmente hizo el movimiento necesario para separarlo.

Poco antes del mediodía fuimos a buscar a Paulina a la estación de Viña. Habíamos puesto flores en su dormitorio y gozábamos pensando en la sorpresa que se llevaría. Marcelo bromeaba diciendo que deberíamos haberle puesto además una trampa debajo de la cama. Reía interminablemente. Yo también reía y miraba el camino que se deslizaba silencioso por los acantilados, encima del mar. Toda la costa estaba desierta y por entre las medianas ramas de los pinos se insinuaba ya la humedad del otoño. Había una quietud sostenida, inmóvil; todo indicaba a la gente trabajando; las casas abandonadas hasta el otro verano, la brisa fresca que acortaba las horas de los baños de sol.

En la estación tuvimos que esperar una hora, porque el tren venía con retraso. Cuando por fin llegó, me pareció que con él llegaba todo el ruido del mundo. En el andén, Paulina me besó y sentí sus labios tibios aún por el verano. También besó a Marcelo y nos preguntó cómo estábamos, que quién nos cocinaba y todas esas cosas. Al ir hacia el coche, me cogió del brazo, y yo pensé que de nuevo comenzaba, precipitadamente, nuestra absurda vida en común.

***

Esa noche, Marcelo se acostó temprano y con Paulina nos quedamos tomando café junto a la chimenea. A la luz del fuego, vi su cara como una máscara fija, silenciosa. Mostraba

la tristeza de siempre y un aire de suspenso, como si esperase algo. De pronto se animó y dijo con dulzura:

-¿No te has preguntado por qué vine?

-No, francamente.

--¿Cómo decirlo, Max? preguntó-. Es tan difícil decir nada… ¡Tenía tantos deseos de venir!

Vi que le temblaba la barbilla.

-Todas las noches, en mi dormitorio, pensaba que quizás me necesitabas, que me llamarías…, hasta que tuve que escribirte.

Yo pensé que no iba a decirle nada y que ésa era su mayor desgracia.

-¡Oh, Max! dijo conmovida-. Hace tanto tiempo que pasa esto. ¿Qué te hace rechazarme?... Podría ser perfecto. Estaríamos los tres…

Me dije que aquello era una buena solución, pero…

-Paulina, ¿no crees que ya hemos hablado de esto?

-Sí, Max, sí…, soy una idiota. Aún no me convenzo.

En seguida volvió a mí aquel temor antiguo de que algo pudiera ocurrir. Detrás de nosotros estaban los eslabones a medio cerrar, los eslabones sueltos que se perseguían por el mundo. De repente odié la llegada de Paulina, odié esa noche, esa situación y el silencio se dio vuelta y yo empecé a preguntarme con horror si no debía suplicarle a Paulina que me amara. Sin embargo, después cerré los ojos y traté de olvidarme.

***

Cuando recuerdo los días pasados con Paulina, pienso que no fueron como yo los había imaginado. Fueron días tranquilos, en los que tratábamos de integrarnos mutuamente. Siguieron los baños bajo un sol que con lentitud bajaba de intensidad, y, a pesar de eso, pronto

Paulina adquirió nuestro color tostado y se vio hermosa con sus ojos claros. A veces me daba una mirada transparente y parecía que escudriñaba en mi cerebro, como las personas que no terminan de comprender algo y se ven abismadas, indecisas. Entonces, yo trataba de rehuir esa mirada, de volver a Marcelo, de no sentirme comprometido por la vergüenza insoportable de ese temor infantil. Felizmente, al llegar Paulina, nuestra vida se tornó más pareja, menos apasionada. Sólo una vez pude tener a Marcelo conmigo, una tarde en que Paulina descansaba y que volvimos al sitio donde habíamos dormido días atrás, en medio de los pinos. Creo que ésa fue la última visión. Después comenzó la angostura por la cual desfilarían en adelante los pensamientos atropellándose unos encima de otros. Al término de aquel día me sentí finalmente cansado y busqué con desesperación dentro de mí la trayectoria del futuro, aunque en ésta estuviera implicada la permutación definitiva de todos mis valores.

***

Ya está dicho. Todo. Pero es igual. Es cosa de costumbre, de evolución. La moral se ensancha. Esa palabra moral-, un poco retórica, se desliza como una musiquilla inmóvil en el cerebro. Evolucionar. Estatismo.

El peso de todo este relato desarticulado deja una huella detrás de sí que no esperaba. Me abisma. Creo que la realidad era mucho más simple. Pero ahí está. Quemando.

A medida que avanzo en el pasado, voy pesando cada gramo de realidad. Mido exactamente la intensidad de cada sonrisa. ¿Hasta cuándo? ¿Cuál es la medida que puede aplicarse al horror?

A veces, por la tarde, salgo a caminar dejando que se vayan de mí las imágenes que me han emborrachado durante el día. Veo en las personas, en los automóviles, todas aquellas cosas que dan forma a mi historia. Observo la vida que decae, que sube, y que en el fondo no me interesa. Pienso que estoy habitando otra cosa. Algo que no es ni este devenir inmediato ni el pasado que procuro desentrañar. Ambos carecen de consistencia. Por otra parte, aquel lugar

Por otra parte, aquel lugar que habito también se me escapa, se evade a medida que escribo.

Poco importa.

El aullido selenita de un jet redondea el espacio, rayándolo de cuatro líneas blancas que se deshacen azulinas mientras van quedando atrás, olvidadas por la velocidad. El cielo se endurece al poniente, empapado de un resplandor crepuscular rojizo, oxigenado. Por la Costanera comienza el centelleo de las luces de gas, que, con su habitual inconsciencia y exactitud, se encienden automáticamente. El viento sopla directo hacia el sur. Espeso, como una corriente de mercurio, el río se mueve sinuoso entre sus paredes oscuras. De nuevo encuentro en estos lugares los rostros que insisten en atormentarme. Sobre todo, veo el de Elena, inclinado sobre el parapeto del río observando atentamente (o quizás sin la menor atención) las aguas corrompidas de desperdicios. La mujer derrumbada se limita a sonreír débilmente; los cinco años de vida, los únicos, o de tormento. Confío en esa extrañeza que me supone darle a ella lo que le corresponde. Me hará madurar. Creo que es necesaria la morbosidad que me trae de vuelta a los mismos sitios. Soy sincero; pretendo ajustar mi relato al rostro de la ciudad. Ella dirá finalmente la última palabra.

Mi identidad se establece a través de todos los vericuetos que veo delante. La realidad apunta a un cielo de dudas. Deseo verme tal como soy. Desnudo. Pero no es ésta la imagen. Deseo… calma, decantación. Es indispensable que las voces que logran conmoverme me traigan el adormecimiento final. La serenidad que hace falta.

Estoy seguro de que aquella temporada en la playa representa la clave que cierra esta historia. El momento preciso. El final.

***

El día que partimos de Quintero estaba lloviendo. Hicimos el viaje a toda velocidad. Marcelo leía en el asiento de atrás, y Paulina, a mi lado, dormitaba envuelta en una manta. Yo

fumaba y veía pasar el campo bajo la primera lluvia del año. Estaba acostumbrado al cambio del tiempo. Como una pintura en grises (el reflejo del cielo), la tierra se adormecía penetrando en el invierno. Con esto se me hacía consciente el deseo de recogerme, de buscar un refugio seguro que me protegiera de la debilidad.

Al llegar a Santiago, pasé a dejarlos a su casa. Después, todo volvió a comenzar como antes; mi departamento, el movimiento de las calles, el olor a humo y el teléfono, sí, sobre todo esto, el ruido del teléfono. Cuando abrí la puerta del departamento, encontré una tarjeta de Elena en el felpudo: “Quiero hablarte”.

Me encaminé a llamarla. Pero en eso sonó la campanilla.

-¿Aló?

-Habla Marcelo. Elena dejó una tarjeta en mi casa para que la llamara…

-Bueno, ¿y…?

-La llamé y me invitó a su refugio en Farolones por el fin de semana. Me pasará a buscar esta noche.

Recién me di cuenta de que era sábado.

-¿Qué día vuelves?

-El martes.

-Llámame entonces.

-Bueno… -siguió una pausa-. ¡Max!, Paulina me encarga decirte que vengas a comer… si puedes.

-De acuerdo. Dile que iré.

SEGUNDA PARTE

A ti siempre te sucede lo extraordinario. No lo pienso con rencor, pues sé que lo extraordinario no te asombra; que lo tomas o lo dejas con la indiferencia de los seres privilegiados. Aceptas las invitaciones seguro de que son los homenajes que te corresponden en el mundo. Y yo lo comprendo, pues tú no esperas esos homenajes.

Miro las cuatro paredes de mi cuarto y sé que en adelante éste será mi único paisaje, el escenario de mis dudas; y aunque esta certeza es abismante, veo que nada de lo que tú puedas traerme, aquello extraordinario, representaría tanto para mí que me haría olvidar que le mundo tiene un sentido sólo por tu existencia.

En estos momentos corres en busca de lo que no podrás encontrar nunca y que yo tengo aprisionado en estas cuatro paredes. Tú tienes lo extraordinario y yo lo permanente. A partir de esto, soy el único que puedo decir algo acerca de tu belleza.

Por lo tanto, ya puedes extenuarte corriendo por el campo en brazos de los seres que amas, ya puedes dejar correr el agua fresca por tu garganta (pues por ella entrará un día toda la complejidad del mundo), ya te podrás echar sobre la hierba con la nuca reclinada como siempre, pues yo estaré aquí, en la simplicidad de mi cuarto, preparado para decir todo aquello que la indiferencia de la gente se empeña en olvidar de ti. Pues harás todo eso y mucho más, y a pesar de que el temor del mediodía en un momento decaiga, me empeñaré en seguir aquí, porque mi locura no podrá nunca olvidarse de mi canto.

Recuerdo que al día siguiente, después de la lluvia, amaneció frío y despejado, y un aire nuevo, como acero, sorprendió el sopor tibio de mi cuarto, donde aún reposaba el verano. Junto al cerro, la ciudad también se alarmaba del frío prematuro. Y yo no hacía otra cosa que revivir las noches en la playa, las horas que, por lo próximas, me parecían vivas, ágiles, como pensamientos súbitos. Recién en la mañana veía aparecer el sol por detrás de los árboles y me repetía sin cesar que en ese momento el ocio no me servía de nada. Los días anteriores me parecían una larga lengua que se asía a la suavidad de unos momentos felices, ene l fondo absolutamente intrascendentes. “Otra temporada que vendrá pensé-; a los treinta años se hace difícil terminar con las cosas”. También el silencio tantas veces esperado me resultaba aplastante. Justamente metido dentro de mi bata, sin afeitarme, con la sensación estancada de ese silencio que gravitaba en mí y se llevaba incluso el ruido de los pasos. Puedo recordar ahora esos momentos con una nitidez asombrosa. Además, entreveo mi tristeza, mi tristeza absurda, mi autoconmiseración. En esa mañana no tenía deseos de salir. Era suficiente aquel pequeño dolor para darme cuenta de que la calle, el roce con la gente, empequeñecerían la compasión que sentía por mí mismo.

Sin embargo, cerca del mediodía bajé al Centro. Me dediqué en lo que quedaba de la mañana a mirar anuncios de cine, a sentir la frescura del aire en la cara y a caminar dulcemente por las calles abiertas. Pero luego comencé a pensar en Paulina. Adiviné su soledad y me obligué a creer que se sentía desgraciada, que esa mañana había sido insoportable para ella, igual que para mí, y que a esa hora seguramente ya estaría llamándome por teléfono. Pensé en la noche anterior, en la comida, y sentí malestar

al recordar su tono amistoso, un tono casi de lástima; Marcelo se había ido a Farellones y esto le daba el derecho de cuidar de mí. Pero yo estaba cansado y no podía soportar la situación. Quise irme lo antes posible. No obstante, cuando me marché y no sentí a Paulina conmigo, me sobrecogió una ligera náusea. Al despertar al otro día, esos momentos habían desaparecido por completo. Sólo después, en la mañana viendo los edificios de paredes grises manchadas de agua, se me habían presentado de golpe.

"Paulina… -pensé-, también Paulina es mi presente." Me sorprendí descubriendo que aparte de ella, de Marcelo, de Elena, el mundo para mí carecía de rostros. Reconocí que no sería feliz en una nueva relación, buscando a otra gente. Mi destino era que Marcelo estuviera en la montaña y que yo me contentara con las comidas en casa de Paulina. Marcelo se volvía inmaterial, y ella, tan sola, adquiría una presencia abismante. Más que nunca la soledad aumentaba mi propia piedad. Estaba solo. Era todo mi problema. Di varias vueltas por las calles y finalmente terminé por llamar a Paulina, avisándole que iría a almorzar. En seguida, cuando salí, noté que bajo el sol había un presentimiento de calma y que con él cedía un poco mi desasosiego.

***

Después del almuerzo, Paulina y yo nos tendimos en hamacas a tomar el sol de la terraza. Lejos, yo veía la gran extensión del jardín y los árboles en medio del pasto. Tiempo atrás lo había visto descuidado, hirsuto, creciendo a su antojo.

-Tomaste un jardinero dije-. Se percibe el orden.

-Sí, me parecía que vivía en medio de la selva. Es preciso arreglarlo de vez en cuando, ¿sabes? y levantando la cabeza sonrió-. ¡Qué bueno es tenerte aquí, Max! Ha sido todo tan maravilloso. Ayer sentí pena de venirme. Sólo que la lluvia…

-La lluvia nos ayudó a regresar exclamé.

El recuerdo de la lluvia me pareció absurdo. El sol ahora era suave y nos caía directamente sobre los ojos. No se podía pensar en otra cosa. De pronto recordé a Marcelo en Farellones y me fue imposible continuar sintiendo esas sensaciones cotidianas, cálidas, llenas de sin sentido.

-¿Qué te pasa?

-Recordaba nuestra partida ayer.

-Sí, fue triste…

Hubo una pausa, y Paulina siguió en un murmullo:

-De nuevo me parece estar sentada en el dormitorio frente a mi toilette. Es extraño cómo vuelven las sensaciones. Entonces era de noche y sentía una opresión sofocante. Me repetía que te amaba y que ese estado no tenía lugar en tu vida. Ahora siento lo mismo.

En lugar de miedo, sentí una agradable paz de estar ahí, en medio de la imagen de Marcelo y del amor de esa mujer que poco a poco se liberaba. Comenzaba una fuerza opositora. No era ya los ojos tranquilos que me perseguían silenciosamente.

Pero después vino la pregunta que acabó con todo:

-¿Cree que esta situación deba seguir?

Volví bruscamente la cabeza. La observé con asombro.

-¿Por qué? ¿Qué situación?

-Esto de buscarte y de que tú vengas a mí sólo cuando me necesitas.

No me miraba.

-Depende de ti dije.

Sonrió con tristeza.

-Te sientes seguro, Max. Sin embargo, últimamente me he dado cuenta de que podría olvidarte. Aunque no sé…

Se detuvo y yo aproveché su vacilación para terminar de una vez:

-Paulina, no hagas más difíciles las cosas.

-¿Lo ves? Prefieres quedarte al margen. Desearías que no te preguntara nada

dijo tristemente.

-Pero, Paulina, ¡debes decidirlo por ti misma!

-No, Max replicó con dulzura-. Necesito que me ayudes. ¿Por qué no quieres contestarme?

-Porque encuentro absurda tu pregunta. Escúchame, Paulina. Para mí, el problema no es decir “todo o nada”, sino decir “lo que sea”. No destruyas…

Entonces me percaté de que tenía miedo. Delante de mí vi de nuevo la fotografía negativa. Era ridículo.

-Eso lo sé hace mucho tiempo, Max. Pero no puedo más, ¿comprendes? Dime, por favor, ¿qué sucedería en el caso de que te preguntara si puede seguir esto?

-¿No lo sabes aún? Sería tu elección. Seguramente te diría que dejáramos de vernos.

“¿Y qué harías? ¿Qué harías?”, le preguntaba en mi interior.

Pero ella lo adivinó.

-En ese caso trataría de olvidarte y me quedaría con el resto. Sin embargo…, creo que tienes razón…, hacerlo no conduciría a nada.

***

Por más que me esfuerzo, aún no puedo comprender a Elena. Tengo presente la tarjeta que dejó aquella tarde en mi departamento y trato de desentrañar el deseo que le dio existencia. ¿Por qué llamarme? He reconstruido los días que siguieron a la visita que hicimos a su casa. Me he representado fielmente su vacío, sus dudas. A cada momento surgen en mí nuevas respuestas. Es inútil. No hay nada que lo justifique.

Pero creo que me precipito. La libertad de Elena se adelanta y me revela la clave. Pedro. Estos cinco años no representan nada. Sólo importa el sentido. No debo

contradecirme. ¿Soy, sin embargo, tan fuerte como para llevar mis principios hasta el fin? ¿No tengo derecho a odiar lo que representa Elena?

Ya no hay remedio. He dejado atrás todos los elementos de juicio. Ahora comienza lo irracional. El odio. Además, parece que dentro del nuevo aire se respira mejor. Las aceptaciones surgen sin forzarlas. Puedo de este modo unir los extremos. Está hecho. Paulina ya no se impacienta. Sin embargo, es doloroso el nuevo estado. Se recrea la conciencia. La docilidad no sirve. Lo he aprendido todo.

Elena surge en la oscuridad como una amenaza. Un ángel, me la imagino. La interminable búsqueda de su rostro en el vacío. Como un corazón, como una duda. Pienso confusamente en el rostro, en el verdadero rostro. Ella lo ha ganado. Lo tiene. Ya es igual. Puede aprovecharlo ininterrumpidamente.

En el cuarto donde escribo ahora hay una nueva atmósfera. Se ha desatado el odio. Ya nunca más podré pesar mis reacciones. La hostilidad ha ganado. Pero es preciso que espere un poco más aún. Mi historia está inconclusa. Siento las palabras como bofetadas.

***

Marcelo regresó en la noche del martes, justo cuando llegábamos del cine Paulina y yo. El auto de Elena estaba detenido en la puerta y al llegar nosotros echó a correr velozmente, dejando a Marcelo parado en la acera con un pequeño bolso en la mano. Cuando nos acercamos, se inclinó en la ventanilla y nos saludó. Estaba sucio y con el pelo revuelto; sentí su olor cálido, que me mareaba, y su cara que se aproximaba sin miedo. Entonces Paulina me dijo:

-¿No quieres bajarte? Beberemos algo.

-Sí, claro exclamó Marcelo-, muy buena idea y echó a caminar delante de

nosotros.

Recuerdo su figura en el zaguán, con los estrechos pantalones delgados. Se veía alegre, inconscientemente alegre. En un momento sentí temor de sus reacciones de animal, de su vida joven; me emocionaba el gesto amplio de su espalda, una manera segura de desarrollarse que lo enloquecía de un placer íntimo, morboso. Miré a Paulina y vi que ella también lo observaba con incredulidad, como si Marcelo hubiera superado cualquiera idea suya. Yo tenía la impresión de estar excluido ya de ese mundo. Al mismo tiempo me sentía feliz. Entramos y Marcelo fue a bañarse. En seguida, con Paulina preparamos una bebida. Ella callaba. Me pregunto ahora qué era lo que yo esperaba de esa noche. No lo sé exactamente. El baño de Marcelo me pareció interminable. Cuando él apareció de nuevo, se extrañó de encontrarnos en silencio.

-Sabe, Paula dijo-, deberíamos vivir en la cordillera. Hay sitios realmente alegres.

-Pero el aire…; no, me faltaría el aire replicó ella, bromeando.

-Con Elena tomábamos el sol sobre las peñas. Ella me miraba y decía que debía robustecerme. Sorbió su bebida por lo bajo-. Es encantadora.

-No irás a contarnos tus desgracias dijo Paulina.

-No, eso nunca exclamó sonriendo-. A propósito, Paula, usted podría cederme el departamento que tiene en el Centro, ¿sabe? No puede ser cruel. Quiero hacer vida recogida.

Hasta el momento no me había mirado. La luz era tenue y mi butaca quedaba en la parte más oscura.

-Ciertamente. Me pagas arriendo.

-No, la transacción deber ser mucho más simple. ¿No es cierto, Max? y se volvió hacia mí-. Deberías aconsejar a esta reina de los caudales.

-Max es imparcial interrumpió Paulina, dándome una sonrisa-. Tú siempre te apoyas en él.

-Sí, es buen abogado.

-No le hagas caso me dijo-. Un día te encontrarás metido en una causa perdida.

Me hace daño recordar esas palabras y esa atmósfera. Había algo repugnante, tosco, que no sé describir. Me conmovía la seguridad de Marcelo; intuía su vida de niño solo y paradójicamente pensaba en Luciano, en mí, en otros tiempos. Era fácil reconstruir una existencia con datos anteriores, con angustias ajenas. La vida de Marcelo en adelante se encaminaría fácilmente por esa pendiente instintiva que lo obligaría a despojarse de su piel, de los rencores, de las sobreestimaciones externas. Siempre se imponía esa ligazón que lo aproximaba a mis primeros tiempos. Marcelo se hallaba situado entre dos momentos de mi conciencia: la época anterior, en la cual lo veía reflejado, y la actual, que me mostraba mi propia imagen. Quisiera restituir la figura precisa juntando esos dos momentos. Porque en ningún caso podría separar mi existencia de la suya. Al fin, aunque fuera un encadenamiento inexistente, siempre en ese deseo de orden, de paz interior que me sobrecogía, veía una prolongación de su permanencia en el mundo. Miles de palabras me asaltaban y me asaltan continuamente (inexistencia, aborto, muerte) en relación con Marcelo. ¿Y si alguna de esas cosas le hubieran ocurrido? Las respuestas no podía dármelas. Cualquiera razón que las permitiera me remitía a otros momentos en los cuales el pensamiento se enfrentaba con su propio exterminio. Además, a lo mayor que podía aspirar era a sentir su cercanía como algo vivo, independiente de mí, con los pequeños lazos de deseos que pudieran unirnos.

Esa noche, todo terminó rápidamente. Marcelo venía fatigado y pronto se fue a su cuarto. Nos quedamos entonces Paulina y yo sin saber con exactitud las cosas que debíamos decir, esforzándonos por pronunciar frases inteligentes. A mí me parecí que esa forma de doblegamiento me aniquilaba. Cuando me levanté para irme, ella hizo un gesto comprensivo. Pero esa noche no me acompañó hasta la mampara. Permaneció abandonada en su sonrisa, sin moverse, como si su cansancio ya se le hubiese hecho irresistible.

***

Ya lo tiene, sí. No me opongo. La música sigue. Los ojos se queman en las lágrimas. No más.

Mi cuarto se revuelve. Por las esquinas angostas penetran hilillos de polvo ceniciento. No me asustan. Apenas un temblor aparente. El viento tibio entra por las balaustradas. Columnas de dos piernas de mármol que marchan a un patíbulo de pacotilla. Vuelven los accesos mezquinos.

Afuera, la pesadez comienza a invadir los edificios. Una vacilación celeste de la imagen, un cansancio inaprehensible que cruza la conciencia, que la embriaga. La angostura negra de la matriz se disocia en elementos grises que no alcanzan a rozar la superficie. No llegan hasta mí. A cada momento se pasa el límite. Ya no veo la ladera del cerro. El comienzo de mi historia es como un viejo resabio de la infancia. Al contarlo, temo que lo viva dos veces. Esta aura que llena la ciudad parece incitar al olvido, mientras la observo, echado sobre la repisa que me sirve de escritorio. Los puntos cardinales se estremecen, porque ellos me han hecho vivir experiencias que quizás no quería. “Un diario, un diario”, me repito, deseando un lugar en el cual apoyar mi memoria.

No comparo a Elena con ninguna cosa. En cambio, lo que ella produjo pudo haberlo hecho otro cualquiera. Los elementos. Es fácil no pensar en Dios. Éste se halla colocado en la base de nuestra moral. A medida que se asciende, que se agranda nuestro conocimiento, su recuerdo se va disipando gradualmente. Un juego de niños. Sin embargo, cuando no se lo tiene, tampoco se lo puede culpar de nada. Estamos desnudos. Lo que realmente cuesta es encontrar la cúspide de la moral. La santidad. La ausencia de Dios.

Otro paisaje. Quizás es lo que más me conmueve. El horizonte es parejo, cercado por limaduras de árboles en el fondo. Las nubes bajas, sedientas de tormenta,

tienen a esta hora un tono amarillo triste, recalcitrante. Los techos de las casas y los arbustos más próximos se empapan de una última luz de clorofila, pálida y tenue. En estos momentos, el estatismo cansado del verano insiste en rondar por la intemperie.

***

Contrariamente a todo lo que yo me había imaginado, el sentirme solo después de aquella velada me hizo encontrar una nueva dimensión de las cosas. Mientras pensaba en las palabras de Marcelo, en esa experiencia de su cuerpo que me había hecho vacilar, se fue decantando mi desesperación hasta tocar un fondo velado que no me permitía un acceso consciente. Al llegar al departamento me asombré de ver en los objetos formas distintas. Los encontraba extraños. Se me acumulaba encima el peso del día y de las últimas horas, y me parecía que nunca había estado tan cansado. Sentía un tono diferente en los sonidos que antes me eran familiares. Y el teléfono…, sabía que permanecería mudo desde ese momento. No sé. Un presentimiento de que Marcelo nunca más me llamaría me asaltó de pronto. Y pensarlo me dejó inmóvil, sin sentir dolor, con una gratitud por todas las cosas que eran mías y que me rodeaban con esa paz de medianoche. Podría haber pensado que nuestra situación actual era pasajera (Marcelo buscaba en las cosas no su profundidad, sino el cambio que se operaba en ellas). Por eso, en otras circunstancias, me hubiera parecido natural que desplegara ese juego de brillante cinismo, de alegría desbocada. Pero ahora, en el presentimiento que traía la noche, pude notar que se introducía una nueva forma de ser, disociada, caótica, que incluso terminaba con la parodia de mi orden interno. Claro que estas conjeturas quizás se deban a que el tiempo que vino después terminó por confirmarlas. No puedo asegurarlo. Sólo sé que aquella noche, en el silencio y en la oscuridad, pude señalar en mí una norma que, a pesar de concluir con mi estado anterior, me otorgaba la paz

necesaria en la que debía moverme. De pronto me di cuenta de que podía seguir viviendo, a pesar de no tener a Marcelo. Pero esta certeza no me permitía, en nada, formar un programa de mis actos futuros; aún no sabía qué podía hacer con el tiempo, con las ideas que se me presentarían a diario. Me quedaba tranquilo oyendo esa musiquita inmóvil: "debía acostumbrarme, debía acostumbrarme". Y el marco de la ventana mostraba el mismo cuadro: el cerro al frente, con las luces que rondaban hacia arriba en un paso incierto. Sólo faltaba el calor de la mitad del verano, los que me darían una pauta para que ese orden volviera y me hiciera comprender que, en adelante, el cuadro que abría una mirada al mundo no tenía sentido. "Debo cambiarme de casa", pensé. Debía coger algo de lo infantil que aún quedaba en mí y no permitir que esos sinsabores terminaran por aniquilarme.

Estaba sentado en medio del dormitorio. De vez en cuando escuchaba el ruido del motor de un automóvil que pasaba, un tableteo rítmico que oía alejarse poco a poco en el temblor de la noche. Sin embargo, permanecía con esos pensamientos indefinidos, zumbándome en la cabeza, sin atreverme a traducirlos en palabras, alejando de mí, en lo posible, cualquiera actitud de análisis, pues sabía que esto sólo me llevaría a nublar todavía más la claridad que hacía falta. Me obligaba a reconocer que el camino limpio, sin aspavientos, debía conducirme a ver una nueva suficiencia en las cosas, para que éstas se convirtieran en organismos con funcionamiento propio, en estructuras vivas, con un lugar definido en la atmósfera. ¿Pude intuir entonces que estos pensamientos no me llevarían a ninguna parte? Se me hace dificultoso introducir un orden en mis recuerdos. Siento egoísmo y orgullo en relatar fielmente cada resquicio de duda o de temor. Porque si no, ¿de qué manera podrá presentarse el asidero que impedirá la muerte?

La muerte era para mí aquella noche un pensamiento fácil. Descomponía mi problema en sus partes esenciales. La posición invertida: lo trivial. No podía pensar en Marcelo sin imaginarme la entrada a la muerte. Al fin, la muerte también se solidifica en el corazón y seguimos viviendo como siempre; nuestro horario sujeto a la muerte,

nuestros actos regidos por el aburrimiento. Se pasaba fácilmente de una parte a otra. De una parte a otra; de una parte a otra.

***

Al otro día, el teléfono sonó temprano. Una melodía extraña, que venía con el sueño, me despertó de pronto y no atiné a identificar de dónde provenía. Al fin levanté el fono y escuché mi voz irreconocible:

-¿Alo?

-Max, perdona que te moleste. Habla Elena.

-Sí, dime.

-No quiero que te enojes, Max…

Su voz tenía filos inconexos.

-¿Qué?...

-Marcelo viene a vivir conmigo…

Pasó un momento antes de que volviera a Hablar:

-Max, quería que lo supieras.

-Sí, ya lo sé.

-Bueno, no te enojes.

Oí como colgaba el fono. El zumbido de una máquina se oyó en alguna parte. Miré hacia abajo y vi que una mosca subía lentamente por el auricular y rondaba mi mano. Al frente, en diagonal, tenía las patas torneadas de una silla. Pensé que nunca las había mirado. Sobre el fino dibujo de la alfombra parecían clavadas por su arco de bronce. Levanté la vista y encontré la felpa blanca, acariciadora, que tenía esos trazos grises, usados, de toda la vida. Detrás estaba la biblioteca. "No he leído ninguno de esos libros." Diccionarios, biografías… Cantos dorados al fuego, filigranas de oro,

nombres imprecisos. La estatura de la madera los encerraba con una presión insostenible. Algunos estaban caídos, apoyándose entre sí, como dos mejillas. Y los objetos, de todas clases, de porcelana, de mármol, de metal, entre los vasos de vidrio. Miré la mesita de noche; una copa de coñac a la mitad, mi reloj, colillas de cigarrillos en un cenicero de plata. Y de nuevo el ruido de la máquina. Estaba sobre mí, lo sentía rugiente, cadencioso. Deposité el fono sobre el vidrio de la mesita y me eché hacia atrás. Ahora escuchaba mi corazón que resonaba suavemente sobre la cama. Cerré los ojos.

Un rato después salía con urgencia del departamento. La mañana estaba fría. Al principio no sentí la calefacción dentro del coche. Mi único deseo era salir, encontrar la carretera lo antes posible. Con los párpados entrecerrados vislumbré una gota que se me balanceaba en la nariz y que después caía blandamente sobre la bufanda. De pronto el campo se abrió en una amplia evolución de trazos amarillos y verdes. Pero a lo lejos una oscura mancha de encinas ensombrecía el horizonte. Sin montañas, sin tierra sostenida, el campo vegetaba en la claridad de la mañana. No costaba mucho adivinar el futuro; la cinta negra del camino se alargaba como una mano abierta. Podría correr todo el día si era preciso. Deseé alcanzar hasta la casa de campo. Sería bueno tenderse en la terraza, contemplando el vuelo de los pájaros sobre los árboles. Reía pensando en eso; en los pájaros, en la tibieza amable de las galerías oscuras. Por las noches escucharía la música de Bach y me olvidaría de todo. Eso sería bueno.

Y más velocidad. Nuevas gotas se balanceaban ligeras. El campo resplandecía. Había algo que hacía recordar el verano; la tibieza de la calefacción y el sol, afuera, con su cansado temor entre las nubes trasparentes. La imagen de los árboles, como papeles de colores, se estrellaba contra el parabrisas. Mi apuro se traducía en un movimiento hacia delante, como si quisiera correr más ligero, más ligero. El viento zumbaba por los flancos y la presión que ejercía en el acelerador me acalambraba la pierna. Vi pasar rápidamente dos horas en las que no me detuve. Cerca del mediodía aflojé la velocidad y doblé por el camino de maicillo que se metía en el parque.

Allí permanecí hasta la caída del sol. Me entretuve paseando por la arboleda. La tierra, recién arada, tenía un olor húmedo y pastoso. En ese momento pensaba en la posibilidad real de que ése fuera el marco verdadero de mi vida. Mi yo civilizado no se resentía al sentir los terrones ásperos bajo mis zapatos cuidadosamente limpios. Anhelaba desligarme de aquella otra atmósfera que definía mis actos y me incluía en una clase de hombres a los cuales, en principio, se les negaba la tranquilidad de la tierra. Todo lo que había sucedido en Santiago servía para quitarme la fuerza de ese vigor que permite acercarse a las cosas sin más requerimientos que el deseo. Momento a momento se me presentaban las fases de esa deformación. Además, había un estado, un modo de ser, que nos envolvía a Marcelo, a Paulina, a mí, incluso a Elena; ésta era la cuña necesaria para introducir el caos, la imagen de un mundo que no se quería a sí mismo. Y yo estaba puesto en ese mundo, y me decía que debía estar en él, que cualquier esfuerzo por salir sería inútil, porque la premisa necesaria que alentaba el acercamiento no existía.

Una gran desconfianza me invadió. A partir de los acontecimientos pasados era legítimo esperar cualquier cosa. Me daba cuenta de que de ahí en adelante todo tomaría un giro nuevo e inesperado. Estaba desposeído de plan. No tenía ningún punto que me remitiera a una acción. Podía muy bien quedarme donde estaba o volver a Santiago. Pero no sentía temor patético por esto. Al contrario, junto a la desconfianza, se insinuaba en mí una calma que no era abandono, parecida a un embrutecimiento que me insensibilizaba. Hubiera deseado mejor que se despertasen en mí todas las debilidades y los sentimientos mezquinos, pues con ellos habría podido sentir realmente el dolor inmediato.

***

Cuando volví a Santiago aquella noche, me esperaba un mensaje de paulina. Como de costumbre, una invitación a comer. Al verlo pensé en la posibilidad de

encontrarme con Marcelo, pero luego adiviné que quizás él ya no estaba en la casa. Esto me desagradó. Necesitaba hacerle ver de alguna manera lo que me pasaba, aunque en ningún momento tuve confianza en su arrepentimiento. De todos modos decidí ir, ya que el silencio del día me había dejado demasiado vacío de pensamientos. No podía soportar que la habitual capacidad de atormentarme me hubiera abandonado. Estaba tranquilo y no lo podía creer. Por otro parte, me agradó pensar que Paulina pudiera ver mi dolor. Ella lo comprendería.

Al llegar a su casa la encontré sentada en la alfombra, frente a una estufa eléctrica; la vi, aún sin que notara mi presencia, con la cara pensativa y los ojos puestos en los filamentos al rojo blanco, tocándose dulcemente los labios. Me senté a su lado y apoyé la cabeza en el brazo de la butaca que estaba detrás. Ella se volvió y me observó de hito en hito, sin decir una palabra, hasta que, haciendo un movimiento, me acarició la cara y dijo:

-¡Mi pobre Max!

Lo decía a media voz con una ternura que me conmovió. Sólo ahí me di cuenta de mis zapatos embarrados, del al ropa sucia y del pelo en desorden. Además, su tono me hizo recordar las palabras dichas antes, la vez que ella llegó a la playa: "Todas las noches, en mi dormitorio…" Volví a pensar en la fotografía negativa. Pero no, eso no entraba en mis cálculos. Que yo pudiera amarla no lo encontraba del todo improbable. Pero ¿cómo?, ¿de qué manera iba a empezar a integrarse ese mundo que quizás nos estaba reservado? Los datos de nuestra desesperación se hallaban dispersos y tocaban a otros seres. Nuestro amor no podría ser un amor dado en nosotros sino en nuestra mutua ambivalencia.

-¿Sabes? dijo-, lo encuentro ridículo. ¡Si sólo es un chico! Anoche hablamos de esto cuando tú te fuiste… lo he educado mal, Max. Tuve miedo anoche de llamarte.

Yo sólo deseaba quedarme donde estaba con esa mano tibia en medio del pelo. Aquello me era familiar, era parte de mi mundo. No reconocía ninguna clase de lástima

en Paulina. El momento se daba gratuitamente, sin aspavientos.

-Muchas veces me he repetido que esto debía llegar. No me tranquilizaba pensando que lo que pasaba era correcto. No, Max. Debía existir un nuevo procedimiento de dolor. Algo debía atraparnos a los dos, algo debía unirnos. Sin embargo, no te aflijas, es una unión muy pasajera. Su voz parecía consolarme; me hablaba quedamente, como tratando de encontrar la forma justa de las palabras-. Al fin, yo te he querido, Max… ¿Por qué te he querido? Sin pensar, vuelta desde mí misma, entregada a la situación con algo más que serenidad, sin rencor. Una forma primitiva, infantil, si tú quieres. Hubiera deseado encontrar en ti todo lo que yo he imaginado, pero nunca ni el hijo perdido, ni la mujer que me complementara, sino simplemente el compañero, el amigo. Se detuvo y se volvió a la estufa-. Por último, todo es tan idiota…

Su cuerpo expresaba una actitud temerosa, delicada. Vacilo pensando en la sensación que tuve de Paulina esa noche. De repente vi que era un organismo dotado de movimiento. Antes no lo había percibido. Tenía un sexo, una inteligencia, un orden determinado de elementos que le daban carácter de persona. Noté que el respeto nacía después de eso. Pero todo el cúmulo de angustias irremediables no se despejaba; el sentido que tuvo el verano, las horas pasadas esperando, no desaparecían por le mero hecho de que Paulina creciera en medio de los demás objetos.

***

Pausadamente, con sigilo, estudiaba una manera que pudiera librarme de la amenaza que intuía y que en ningún caso llegaba a comprender. Sólo las palabras podrían romper la corteza pardusca de ese estado desconocido, del miedo encerrado que me provocaba estados febriles, náuseas y deseos de huida. Las palabras .Decirlas modulando las frases para que fluyeran suavemente, sin apresurarse,

como adelantado el estado de limpieza que vendría. Debería aprovechar incluso el tono, la altura de la voz. Porque hay una razón que les da a los hechos una dignidad especial, que los agranda, los detiene en el tiempo y los incorpora a los recuerdos. "Hechos trascendentales", se oye decir. Hechos que marcan la vida como la viruela marca los rostros. Profundidades donde cae bruscamente la conciencia y de donde vuelve a levantarse ingrávida para seguir viviendo lo cotidiano, lo resbaladizo, que no logra dejar ninguna huella. Alguien escribe: "Los únicos hechos dignos de tomarse en cuenta son los que preceden al suicidio. ¿Por qué lo hizo?, se preguntan. Veamos qué ocurrió, dónde estuvo, quién lo dañó de esa manera". Para mí, esos hechos carecen de importancia. Sólo que las palabras… ¿Cómo se agrandaría la historia de Marcelo si yo me hubiera atrevido a…? En cambio, ahora… Era preferible olvidarse del llamado estado, de la percepción de un derrotero parejo y ordenado. Sin embargo, eso que me sucedía, "mi hecho trascendental", ¿tenía el carácter que justificaría mi muerte? Entonces, ¡no era tan grave! Poder doblegar el misterio que ocultaba los deseos reprimidos era lo difícil. ¿Qué más? Marcelo… Marcelo… cada vez más fuerte.

Pasaban los días y me daba cuenta de que cualquiera nueva experiencia me alejaba del mundo de Marcelo. Por eso me aislaba de una vida secreta donde aún todo le pertenecía. El teléfono comenzó a convertirse en algo vivo, en una animal hostil contra el que no tenía ninguna defensa. Procuraba abandonar el departamento durante el día. Me iba al campo, volviendo por las tardes con un temor terrible de que en esos momentos Marcelo hubiera llamado. Sentía más que nunca que mi vida dependía de una vacilación, de una duda que lo obligaría a llamarme. Pro otra parte, tampoco deseaba esto. Aunque, sin embargo, el momento en que su ocio lo llevara a tomar el teléfono lo constituiría todo en el mundo. Llegaba la noche y, por lo general, comía en el departamento; algunas veces iba a un cine del Centro y volvía a acostarme con esas ideas fijas dando vueltas. Hubo muchas cosas que ocurrieron, detalles pasajeros, que corroboran hoy día el peso de esos meses. "Hechos trascendentales." No hay hechos trascendentales. De todas maneras, desde el momento en que todo se calla y me siento a

escribir, esos hechos adquieren una dignidad irracional, perfecta, que los hace permanecer. Aquí la ambivalencia del mundo pierde su sentido; no hay puntos de vista; todo se desarrolla como la fronda naciente de un helecho. Mirado desde Marcelo, desde Paulina incluso, el asunto se carga de ambigüedad, la ternura se pierde. Pero cuando puedo escribir que la piel de la frente de Marcelo se aclaraba en el nacimiento del cabello, noto que el hecho se sitúa ahí, en una posición última y definitiva. No es mi punto de vista, no; es el tiempo que se demoró lento y se pegó a los gestos, la dignidad de algo que llevó más tiempo en olvidarse que un saludo ligero dado en la calle. Pero la justificación no viene con eso. Hay algo más que me obliga a contar esta historia. ¿Cómo decirlo? La forma en que una cosa permanece se asemeja a un nombre colocado siempre ante los ojos. Aparte de eso, del nombre, la realidad desaparece. Hay que vomitar los hechos; es necesario hacerlo, porque si no… el terror de desaparecer le ajusta cuentas a uno por las noches.

***

Al terminar el otoño tomé un nuevo departamento. Ocupaba el primer piso de un edificio con olor a pintura, cerca del Parque Bustamante. Durante muchos días me entretuve en arreglarlo, cambiando los muebles y cualquier cosa que me recordara el tiempo pasado. También inventé nuevas combinaciones de vida, más sosegada, más simple. Convidaba a viejas amistades, compañeros de universidad, artista, poetas, que me aburrían con su charla desigual, con sus quehaceres. A menudo salía con Paulina; íbamos al cine o conversábamos por las tardes en un bar, cerca de la Alameda, frente a una copa de coñac, que rara vez tomábamos. Habíamos aprendido a equilibrarnos, a ser civilizados. En cuanto aparecía algún destello que nos acercaba a nuestra antigua vida, a nuestros temores, yo corría en busca de otros ambiente, en los cuales me sumergía, saboreando los gestos ambiguos, muy tranquilo, muy acostumbrado. Podía dejarme

llevar por esa forma de existencia sin grandes preocupaciones, pues era fácil vivir aquellos momentos privados de sobresaltos, parejos dentro de su suavidad. Muchas personas me instaban a que hiciera algo, a que pintara o algo así. En momentos pensé seriamente en hacerlo, pero sentía que había corrientes subterráneas en mí que me obligaban a vivir en ese mundo sólo como espectador, como profano con doble vida.

La calle frente al cerro continuaba ejerciendo una presión en el pensamiento, un punto anterior donde se apoyaba mi verdadera existencia. No me producía dolor pensar en Marcelo, apenas una sensación de caída, de abismo inmediato. Hacía más de tres meses que no nos veíamos. Había preguntado por él un par de veces sin grandes resultados, sintiendo alrededor sonrisas insípidas, como muecas. Esos ratos, llenos de tristeza, en que me mezclaba con la gente, me producían luego violentas reacciones de cólera. En realidad, cuando damos a los demás lo que debería estar reservado para nosotros mismos, ocurre que de pronto, sin darnos cuenta, nos encontramos sin nada. Sin embargo, gozaba con mi melancolía, con esa incomprensión del mundo; lejos de sentirme solo como ante, ahora se me ofrecía un mundo al cual podía echar mano sin contemplaciones. Los rostros desfilaban pálidos, urgidos de ternura, pero sin rasgos. Me decía: “Hace falta integrarse, adquirir la misma palidez”. La alegría llegaba así sin presionarla, agitándome con momentos de risa, de contento, pasados los cuales volvía a sentir la calma silenciosa de siempre, de la nada. Palabras tristes que se repetían, humor compartido en medio de una bebida alucinante, protesta de un cuerpo a medias comprometido con la realidad. Me producía vergüenza mi falta de libertad, mi incapacidad de elección.

En ese tiempo vi do o tres veces a Luciano. En una oportunidad, a mediodía, al entrar a un café del Centro, lo encontré sentado sorbiendo una bebida, con su mirada resignada, de perro bueno, siguiendo el movimiento de la gente. Sentí una ola de ternura filial y me acerqué despacio por detrás. Se alegró de verme. Hacía años que no hablábamos, pero yo sabía que él estaba al corriente de todo.

-No marcha eso, ¿verdad?... ¡Chiquillo! dijo, poniéndome su mano cuidada en

el hombro-, no terminarás de hacer locuras. Después pidió otra bebida y me mostró su eterna sonrisa de niño grande, acostumbrado a consolar.

-Me siento en parte comprometido. Nunca me habría imaginado que te convertirías en un pequeño masoquista.

-Sí dije entonces, sin darme cuenta.

Ya no me importaba demostrarlo. Al fin era Luciano, con quien me sentía tan íntimamente ligado. Ese día me invitó a almorzar y conversamos de su vida, de su futuro. Me sonaban extraños sus planes; me dolía un poco su optimismo. Lo veía encasillado en una atmósfera reducida, pero que lo hacía feliz. Envidié su espontaneidad. Para él no existía otra cosa que el placer, la piel que se ponía tensa y que le daba, decía, un incentivo paciente, tranquilo. Explicándomelo ponía en juego todas sus facultades histriónicas, entrecerraba los ojos cuando quería decirme que algo era "realmente grave"; también sonreía con un evidente deseo de alegrarme. Pero la paz que me producía estar con él se desarraigaba lentamente en cuanto recordaba a Marcelo. Siempre me parecía que en su débil existencia de animal se poyaba mi propia juventud. Por lo tanto era imprescindible seguir sintiendo la ternura espontánea que surgía de las palabras de Luciano, el comienzo de una melodía de dolor. Su voz, un poco grave, con filos de pausa, tenía en la atmósfera de la mañana una resonancia concentrada, hermética. Veía que el vapor de su aliento alcanzaba una distancia mayor que el significado de sus palabras. Era consolador ver ese rostro indiferente que no me turbaba. Pensar en amarlo me resultaba ridículo. A más de la piedad, toda otra alternativa se volvía imposible.

Él me miraba moviendo sus grandes ojos castaños. "Sabe que son su gran atractivo me dije-, sólo que en diez años…" Esa figura del hombre rico, caprichoso, con la voz llena de tonos falsos, frutos de una apatía insoportable, me daba una leve pauta de mis días futuros.

-Antes… Luciano… -me oí decir con la voz templada de afecto.

-Sí, sí… -contestó él-, pero no hay remedio. Al fin, siempre es lo mismo…

Lo que me asombraba era que su vida, hasta entonces misteriosa, se hubiera vuelto de repente como una estructura de papel satinado, suave y vulnerable. Admiré en mí esa capacidad de comprensión que me permitía descifrar problemas que en el pasado me resultaban agobiantes.

Pero la ocasión de sufrir se presentó inesperadamente.

-Aún recuerdo aquel día dijo él-; me divierte recordar tu ira, tu voz saturada de odio infantil y haciendo una mueca chasqueó la lengua con disgusto-. Lo que no sabías era que yo estaba solo y que tenía aún muchas cosas para darte. Siempre pasa lo mismo. A quiere a B y B a C. también tú estuviste solo después de eso. Pero no podemos remediarlo. Sería cobarde, cuando uno se siente abandonado, buscar algo que lo satisfaga a medias.

Entonces pensé en Paulina, personaje sombra, que aparecía inesperadamente, detrás de una frase, en el suspenso de una palabra. También estaría sola con su pasividad a cuestas. En realidad, la distancia entre Luciano y Paulina era una herida en el tiempo, que no podía cerrarse, años que excluían sus extremos a pesar de los esfuerzos que yo hacía por reunirlos.

Esa clase de encuentros me producían pesar, me destruían. En las noches me acercaba al departamento con una gran confusión en la cabeza, no deseando otra cosa que quedarme solo, en la oscuridad, arrimado a la estufa. Ahora pienso también en la vulgaridad de estar solo; la soledad nace del silencio, o lo que es peor, de la muerte. Y la muerte no es tan fácil de encontrarla. De los recuerdo de ese tiempo, el que tengo más presente es el de una de esas noches en que volvía a casa. Caminaba despreocupado por la calle, cuando sentí cerca de mí la presencia de Marcelo. Me volví apenas, y lo vi cerrando un automóvil sin percatarse de que yo estaba ahí, casi tocándolo. Me arrimé a la pared, respirando entrecortadamente con la cara en la sombra, mientras él se daba vuelta y permanecía un rato detenido, mirando directamente hacia mí. Pensé que debía salir y saludarlo. Pero su actitud cambió y entró en el edificio. En seguida me di cuenta de que estaba bajo el departamento de Elena. Recuerdo en forma nítida que Marcelo

llevaba un traje que yo no conocía y que tenía algo diferente en la figura. Podría haber sido su corte de pelo, o la barba; no lo sé con exactitud. Vi pasar las imágenes de golpe, los encuentros y las caricias fugaces, el dolor suavemente permitido. No obstante, me quedé todavía un momento junto a la pared, con el frío del mármol en la cara y el corazón enloquecido latiendo en otro ritmo, como un melodía sincopada que se liberara con el aliento.

***

Por entonces, muy a mi pesar, sentía una curiosidad, no del todo comprendida, por ver en lo que me rodeaba una presencia difusa de los años anteriores, todavía ordenados, todavía buenos. Diré mejor que había adquirido la verdadera dimensión de lo que era mi existencia; grupos distintos de sensaciones caóticas de las cuales, paradójicamente, podía extraer un sentido de orden. ¿Cómo?, me pregunto ahora. Sin duda no podría contestarme. Fue entonces que pude saber exactamente lo que era mi libertad, lo que significaba para mí un verdadero sentido. Los seres que no podemos concebir el amor sino como frustración, encontramos en ésta un nuevo incentivo de nuestra manera de ser libres.

Y era esa realización la que yo estaba viviendo. Poco a poco fui dándome cuenta de que debía darle movilidad a mi vida, y así todo el resto del invierno lo pasé viajando del campo a la ciudad, saboreando el agradable aburrimiento de los días de lluvia.

Después, sin darme cuenta, llegó la primavera. De nuevo las claridades rosadas del alba me despertaron demasiado temprano, obligándome a contener el aliento con una mezcla de alivio y gratitud. Y era la misma sensación extraña, explosiva, de compuertas que se abren en el pecho o de trozos de hielo que se derriten en la lengua, quemando.

Desde ese momento debí descubrir nuevamente las cosas. El movimiento era otro cada vez. La sorpresa de un olor que penetraba furtivo en los sentidos me hacía comprender que yo me debía a mí mismo y que, por lo tanto, el suicidio carecía de fundamento. En el campo, el viento que movía los álamos me obligaba a fijar la vista fuera de mí y el problema del amor que llenaba mi vida se esfumaba pareciéndome un resabio oscuro que sólo se hacía presente por medio de un eco inaudible. Con esto, el mismo sentimiento del caos se atenuaba.

Había seguido, con gran asombro, el curso de esa evolución que adecuaba mi interior a un nuevo estado de cosas. Porque no era sólo la soledad, sino el esfuerzo que suponía luchar con el silencio, con la ausencia de diálogo. La vida anterior desaparecía por momento de mi vista y quedaba la monotonía constante de una nueva forma de tiempo. Pocas veces recurría a la imagen de Marcelo o de Paulina para revivir el pasado. Este volvía en oleadas intermitentes que no me traían ningún placer, aparte de la nostalgia.

Desde que llegó la primavera comencé a gozar con la excitación de respirar, de moverme, de acariciar mi piel bajo la luz de la mañana. Y estas excitaciones confirmaron, como yo lo suponía, los presentimientos de antes, en el sentido de que cada nueva sensación me hizo recordar un momento de Marcelo, un gesto suyo, el olor de su piel.

Fue ahí precisamente cuando deseé tener imperiosamente a Paulina y, al desearlo, no me percaté de que en ese momento era yo el que encerraba con llave mi propia vida.

TERCERA PARTE

(Ahora hay ruidos familiares, puertas que me comunican con el mundo. Todo lo anterior constituye una unidad de tiempo que era preciso hacer llegar hasta este instante. Aquí comienza lo otro. Hoy de nuevo es verano.)

Nubes hinchadas, rojizas, vadean caprichosas, tapando la llanura. A través de los claros surge el cielo arenoso como un cristal empavonado. Es el cielo de siempre. Mientras el sol quema a ratos sobre los tejados, los pálidos pezones de las montañas cambian de color a lo lejos. La humedad (probablemente del río) cruza lenta como una muerte y empapa el olfato de un aroma metálico, penetrante. Una rama del jardín se eleva contra las nubes y aletea sacudida por el viento que sopla hacia el norte. Paulina ha entrado hace un momento y me ha comunicado el programa del día. Me ha revuelto el pelo. Ha reído. Yo no he dicho una palabra. Al verla marcharse me he quedado observando su figura nueva. Paulina ha cambiado y no termino de asombrarme.

Mi cuarto tiene tres puertas de vidrio, que miran al jardín. Es una habitación larga y luminosa, que en nada se parece a las que he tenido antes. Recibe el sol únicamente en la mañana… Me gustaría describirla con devoción, pero siento que aún no me pertenece. Sólo es un cuarto más que no conmueve. En medio de la tranquilidad de este verano, las tardes afuera son lentas y sofocantes, y mientras Paulina duerme la siesta, yo me ocupo en escribir aquí al resguardo del calor y del ruido. Sin embargo, a medida que avanza la tarde, mi vigor decae, pues comienzo a pensar en el momento en que ella entrará a decirme lo que deberemos hacer, la gente que hay que recibir y todas esas cosas. Aún no llego a convencerme de que estar viviendo con Paulina es el resultado natural de los hechos del tiempo. Ella ha encontrado la serenidad y algunas veces me olvido de que ésta sólo le pertenece a ella.

Nuestra vida en común es una vida corriente. Pasamos por la pareja novedosa y nos adecuamos perfectamente al horario lleno de sinsabores con que nos abruman los amigos. Nuestra casa (la casa de ella) muestra ahora un aspecto más alegre. Yo tengo un cuarto separado en el cual casi he reconstruido mi piso de soltero. El resultado de esto es una existencia que no nos aburre. Además, tenemos poco tiempo para la

autoinspección. Vivimos continuamente en función uno del otro. Nuestros acuerdos se realizan al margen de discusiones. Así, muchas veces me parece que ésta era la vida que siempre anduve buscando.

No obstante, ahora me siento como vacío para seguir expresando lo que hasta aquí me había resultado relativamente fácil. Tengo la impresión, al seguir este relato, de que empiezo a no ser consecuente con lo que me propuse. Estoy demasiado sensible a la autenticidad y la sola idea de vivir largo tiempo con esta angustia me da leves pinchazos desagradables.

Pero lo he intentado todo. Creí que podía realizar mi deseo con Marcelo, y no logré sino introducirme en una de esas cámaras oscuras que me cortaban el aliento. Sin duda, nuestras desgracias no son culpa de nadie; sin duda, la juventud de Marcelo lo permitía todo. Esto es aceptable. Lo que no puedo comprender es la proyección que ha surgido en mí, el punto al cual he llegado. Gusto en recordar que mi existencia pertenece a otra cosa. Por eso no me gustaría odiar a Paulina. Ella vive su autenticidad desde mí de la misma manera que yo pretendía vivirla desde Marcelo.

Estos pensamientos que describo han habitado en mí desde nuestro matrimonio. Desde entonces, la vida exterior se ha deslizado tranquilamente. Paulina profesa un verdadero culto por todo lo que pueda distraernos, y yo me adapto de muy buen ánimo a esos hechos intrascendentes.

Esto la desconcierta, se muestra cavilosa, y, aunque no me dice nada, yo sé que en el fondo de ella se levanta una mirada de asombro. Algo de eso había en la época de Marcelo. Recordarlo me produce risa. Quiero decir que no puede ser más absurdo. El único beneficio de la soledad es que al fin lo más trascendental se vuelve risible. He meditado aquello que es el centro de mi problema y lo he reducido a una ecuación simple: "Mis actos no son parte de mi vida, sino que sirven para otra realización". ¿Hay necesidad de preocuparse? Si los años transcurrieran sin remordimientos sería mucho más fácil la vida. Cuando pienso en los momentos en que Marcelo apoyaba la barbilla en el pecho y se quedaba así, con la mirada ensombrecida, me doy cuenta de que es de

esos momentos y sólo de ésos de los cuales depende mi vida. En suma, que no estoy equivocado cuando pienso que una mirada, un gesto, significan mucho más que la mayoría de los otros momentos vividos a lo largo de toda la existencia.

Cuando con Paulina anunciamos nuestro compromiso, nadie se asombró. Al fin, yo me resignaba, pues sabía que tarde o temprano debía volver a ella como el único sitio que tenía para mí algún residuo de sentido. Justamente por ese tiempo, Marcelo se había ido a Farellones con Elena, lo que hizo que nuestro matrimonio no cambiara mucho las cosas. Hubo invitados, los más íntimos, y se brindó discretamente por nuestra felicidad. Paulina estaba radiante. Yo bebía su vida con los ojos y me repetía que ya nada más había por hacer.

Eso es todo. Recién anoche regresamos del campo. En un momento más deberé vestirme y salir a comer con Paulina. Desearía, sin embargo, permanecer aquí, escribiendo, para reducir la impaciencia que siento. Aún no ha escrito Marcelo. Pienso en su llegada. La deseo. Necesito mostrarle mi debilidad: que me vea todavía, aquí, al pie de mi muerte. Al fin de cuentas, en parte soy su padre. Pero no vendrá. No. Nuestro caso es distinto. Es un caso acabado. Él ronda sobre mí y no lo sabe.

***

Al comenzar el verano me había encontrado con Paulina en Providencia y la había acompañado caminando hasta su casa. Recuerdo que la tarde bajaba enrojecida y el viento desordenaba nuestros cabellos. Paulina hacía gestos amplios con el brazo para sujetárselos. Nunca la había visto tan hermosa. Se movía con un aire ligero, dejando descubrir sus largas piernas adolescentes. En verdad, tenía una actitud tan juvenil, tan limpia, que me hizo olvidar los momentos que nos habíamos mutuamente rehusado y que siempre pesaban en nosotros como una tortura que no nos permitía abrirnos, que

hacía que todo fuera subterráneo, insinuado. Yo no podía negar ni olvidar la relación que existía y que nos arrollaba con hechos que muchas veces no deseábamos. Me decía yo en ese instante que al lado de Paulina la vida debía ser buena, incluso buena para ambos, y que acatar ese destino que se vislumbraba equivalía a no sufrir, a no tener que pagar un delito que no habíamos cometido.

Todo esto lo pensaba en esa primera tarde en que decidimos no separarnos más. La misma decisión me hacía vivir un momento absoluto, que ya en esa época me era tan necesario. En un segundo determiné (sin pensar mucho, es cierto) lo que sería nuestra vida en adelante: por mi parte, un asirse continuo a recuerdos que, de una u otra manera, me permitirían vivir, y por parte de ella, a una mirada apasionada sobre el objeto que le ahorraría la soledad y le borraría la angustia.

En la noche que se avecinaba, el rostro de Paulina se volvió hacia mí y vislumbré en él, de súbito, ese cansancio obsesivo de los últimos tiempos.

-De nuevo el verano suspiró-. Me parece mentira que haya pasado otro año.

Hablaba con un acento marcado, silbante. A medida que caminábamos avanzaba la noche y un borroso resplandor venía de los escaparates.

De pronto se detuvo.

-Supongo que tu vida habrá cambiado, ¿no? En este año has vivido más que en todos los anteriores, Max. Ahora Marcelo se ha ido, estoy sola y tú también. En realidad, yo soy la única que sigo como antes.

-¿Sabes de Marcelo?

-Está en Farellones. Hoy recibí una carta suya.

-¿Cómo se encuentra?

Sonrió.

-Muy bien. Lo pasa muy bien.

Permaneció un rato pensativa, y luego continuó:

-Esa amiga tuya, Max… ¿cómo se llama?... Elena, ¿qué edad tiene?

-No sé.

-¿Sabes que Marcelo quiere casarse?

"Sí, todo está permitido. Hazlo. No te equivoques. Sigue creyendo en ti. Eres el amo de ti mismo. Ahora puedes hacerlo. Ahora puedes destruirte."

-Creo que tendrás que admitirlo me oigo decir.

-¿Por qué no?

Me asombro, pero luego razono:

-Sí, en realidad.

-Probablemente volverán pronto. Un mes a lo sumo. Los jóvenes como Marcelo tienen siempre mucha prisa.

Se dio cuenta de que yo la escuchaba dolorosamente.

-No es que yo esté de acuerdo, Max. Pero a medida que pasa el tiempo me acostumbro cada vez más a la idea. Al principio me acostumbro cada vez más a la idea. Al principio me resultaba grotesco pensar en ellos dos. Finalmente he terminado habituándome.

Me pregunté qué debía hacer. Decirle lo que traía entre manos o marcharme.

-Max, no comprendo por qué hablamos de Marcelo. Creo que…

-¿Sí?...

-Yo también parto de viaje. A Europa, ¿sabes? Tres meses… Sólo espero que llegue Marcelo.

Como aquella vez, de nuevo me pregunto por qué surgen estas cosas en los momentos en que son menos indispensables. Ya no se podría hacer todo por la vía natural. Sería preciso, incluso, rogar, mostrarse tierno. De repente adiviné que en mi determinación había un subterráneo deseo de quitarle algo a Marcelo, de humillarlo con mi casi paternidad; aunque todo eso de padre, madre, para él careciera de importancia.

-¿A qué se debe tu viaje?

-¡Qué sé yo, Max! Estoy aburrida en Santiago.

Llegábamos al Canal. Desde ahí, las calles bajan suavemente hacia el centro

de la ciudad. Recuerdo que el reflejo de las luces de gas nos ponía en los labios un color violeta oscuro, como una pincelada de amatista. A pesar de lo temprano de la hora, había pocos transeúntes. El cielo estaba limpio y las estrellas brillaban tranquilas sobre la cordillera. Sólo el ruido del Canal dejaba en nosotros una sensación de sobresalto. Súbitamente me dije que debía decirlo de una vez. Todo.

-Paulina, necesito casarme contigo.

“No oyó bien pensé-, deberé repetirlo.”

-Quiero casarme contigo, Paulina.

Se dio vuelta.

-¿Qué?... y me miró de frente-. ¿Por qué, Max?, ¿por qué ahora?

La respuesta no venía. Después de un rato logré decir:

-Pues…, porque…, porque no puede ser de otra manera.

Suspiré. La cabeza de ella se hallaba inclinada levemente sobre el pecho. Se mostraba abrumada. Yo la observaba esperando una reacción. Sus ojos claros brillaban sin mirarme. De repente se movió y me cogió del brazo.

-Bueno, pequeño, vamos me dijo-; creo que ya es hora de tranquilizarnos.

***

Esta lentitud del tiempo me abruma. Las horas se arrastran en la impaciencia más sostenidamente que en cualquier otro tiempo. El aire se mantiene cansado en el vacío, sin moverse, lleno de corpúsculos de polvo que se iluminan radiantes por el sol de la mañana. Desde mi cama miro esa luz pareja. A cada instante espero algo nuevo. Pero nada. No viene nada.

Vivo la felicidad de Paulina tan intensamente, que algunas veces me imagino que es mi propia felicidad. Hace un momento, mientras la estrechaba contra mí en

el amor, pensaba que su cuerpo era un problema que había que reducir a una sola imagen. La suya. El acto de amor era un acto disociado, con ramificaciones estériles, posibles de ajustar o corregir. Imposible rebelarse. En el fondo todo viene a ser un impedimento de imágenes. Hay un sustituto primordial, el amor, que por fuerza debe pesar en todo acto sexual. Las ideas adyacentes representan el amor mismo en este caso.

Pero me digo, una y otra vez, que debo guardar la calma. Mi propio problema me induce a creer en fantasías. Antes que pronuncie una palabra que quizás me condene para siempre, debo estar alerta. Es imposible describir mi estado. Necesito esperar. Marcelo se demora y hasta que no venga se hace indispensable una valoración adecuada del presente.

He llegado a considerar la sexualidad como una forma refinada de dolor, un dolor que nos acomete a veces sin más miramientos que su propia destrucción. El sexo se quema en el dolo como el azúcar en la insulina. Un proceso físico, una puñalada convertida en beso. Anoche, Paulina se apretaba contra mi cuerpo en una agonía de amor sofocado y repetía miles de palabras que sólo tienen sentido para el pensamiento. Si en ese momento mi voluntad fallaba, por lo menos la imaginación me redimía. Anoche Paulina podría haber hablado todos los idiomas, ya que mis oídos estaban sordos. Al buscar mi boca, sus dedos flaqueaban; al encontrarla, hallaban su propio sentido.

A todo esto se sumaba el pensamiento de la tierra. La fuerza que acomete desde abajo y nubla la atmósfera con el hollín de los volcanes; la montaña con su fuego interno y la cabellera blanca de la nieve que ahoga entre sus hebras la rojiza tierra de América. En esta bruma nos hallamos apresados. Todo es principio y fin de nuestros dolores. Ahora me doy cuenta de que siempre he odiado esta tierra, que la he odiado por el temor que siento de no amarla y también por pensar en el instante final en que esta tierra ha de venir para quedarse.

***

Después de nuestro matrimonio nos fuimos a la casa de campo y yo me dediqué desde el principio a contemplar la dicha de Paulina. Llegamos por la tarde y nos divertimos recorriendo los lugares que habíamos frecuentado cuando niños. Creo que de repente yo la amaba por su cuerpo, diciéndome que no sería malo estar tendido junto a ella, en las mañanas, después del amor. Al llevarla por las habitaciones sentía que el recuerdo y la emoción la dejaban exhausta. Le dije que eligiera el cuarto que quisiera. Se lo haría decorar a su gusto. Ella sonrió.

-El cuarto tuyo dijo-; el de cuando eras muchacho. Sabes que nunca pude entrar.

-Está por el otro lado, ¿recuerdas?

Paulina se dio vuelta y quedamos frente a frente.

-Estaba segura de que volvería alguna vez aquí, Max. Me había jurado que no entraría en esta casa sino como tu mujer.

La atraje hacia mí y la besé.

-Eres ave de buen agüero dije-; te resultan los juramentos.

Atravesamos el jardín interior, Paulina conduciéndome de la mano. Al pasar por la galería, me invadió un acceso de ternura por el recuerdo de la lluvia, de la música y de esa nostalgia, cuando me sentía enfermo de desdicha en el invierno. Y pensé de repente: "Deberé pagar esa nostalgia". Y me pareció todo insoportable.

Habíamos llegado. Paulina se detuvo frente a mi cuarto y me miró dulcemente:

-Veamos dijo-; habrá que sacar todos los recuerdos.

Cuando fallecieron mis padres y mis hermanas se negaron a seguir habitando la casa, yo había dispuesto otra habitación para mí, cerrando la que había tenido desde niño. Esa habitación, por lo tanto, tenía diez años de encierro, y aquella tarde sentí un leve goce al pensar que nada había allí que perteneciera a Marcelo. Hubiera querido que él alguna vez la deseara para sí, pero desgraciadamente nunca la quiso.

En resumen, Paulina se instaló allí, durmiendo en el mismo lecho que me había pertenecido. Después de eso las cosas se simplificaron. Éramos felices muy primitivamente. Yo tenía la idea de que detrás de mí no quedaba nada y que mis actos se apoyaban en un presente inmediato, agradable, es cierto, pero que no dejaba ninguna huella. Por el contrario, la consumación del amor producía en Paulina un asombro que yo, con toda mi experiencia, no esperaba. Por las noches se transformaba. Nos amábamos largamente, en su cuarto, sobre el pequeño lecho de mi infancia, atormentados de recuerdos, enfermos de resentimiento. Luego nos vestíamos y caminábamos por el parque durante el resto de la noche. Esos momentos nos otorgaban una paz infinita, una alegría que muchas veces podía confundirse con la comprensión, con el amor. En alguna medida, dentro de nuestra posesión, se vislumbraba esa gran posesión ancestral que yo deseaba. La posesión de Marcelo, el descubrimiento del símbolo, la raíz de mi idolatría. Además, Paulina empleaba un lenguaje que nadie, en esas circunstancias, hubiera empleado. Todo el tacto de su amor, el instinto de conservación, se demostraba cuando ligaba sus parecidos, sus recuerdos, con los de Marcelo. Ahí yo la amaba más que todo, porque su figura me imponía el pensamiento de un mismo mundo, de una misma tristeza.

***

Paulina se hallaba tendida junto a mí y fumaba sin mirarme.

-Me hubiera gustado tener exactamente veinte años menos.

-¿Por qué?

-No lo sé. Quizás porque habría tenido más capacidad de estar sola.

-Eso es lo desagradable.

-¿Qué?

-Estar solo.

Iba a decir “tener veinte años menos”, pero se me ocurrió que decirlo sonaba patético.

-¿Te duermes? pregunté.

-No, pienso en lo mucho que te quiero.

Riendo le dije:

-Es indispensable que me digas eso. Soy débil.

-Ya lo sé. Sin embargo, cuando me lo calle habrá llegado el momento de que tú me ames.

-Entonces, cállalo le dije, y la tomé por los hombros.

-Sabes que no soy capaz. A lo que más llego es a no humillarme demasiado. Quiero decir que en los últimos años he tratado de hacerte menos indispensable de lo que realmente eres.

-Tener o querer una persona para sí todo el tiempo termina por aburrir dije, mintiéndome.

-A eso te contestaría que lo que tú deseas es aburrirte.

-¿Cómo lo sabes?

Ella siguió sin oírme:

-Lo malo es que no puedes elegir los objetos. Tienes un poder de autodestrucción que nunca te dejará vivir.

“Autodestrucción”. Palabra nueva. O quizás vieja. No lo sabía exactamente.

-¿Qué es autodestrucción?

Se echó sobre mí y me ahogó con sus labios.

-Bésame gimió-. ¡Rápido, bésame rápido!

Y ponía su boca sobre la mía como una herida húmeda, suave y brillante.

-Te he repetido que estás solo decía-, que estás solo. No lo crees. No lo crees. ¿Por qué no lo crees?

Y enderezándose se dejó caer sobre la cama.

-No lo crees repitió.

Volví a rodearla por los hombros. Mi cama de niño no era suficiente para ambos. La estreché fuertemente.

-Crees que ésta es la manera. Pero no, Max. Estar solo significa estar solo incluso en el amor. No hay nadie más solitario que el sexo. ¿No lo adivinas entonces? Que tú me abraces no significa que rompas mi soledad. Tampoco abrazas mi sexo. Éste piensa con un cerebro que no es el mío. Mi soledad no se rompe con el contacto.

Sentir esas palabras temblorosas en el silencio de la casa era mucho más real que cualquiera forma de acercamiento.

Paulina…

-No, Max, estamos unidos para siempre. Pero esto también es relativo. Nada se puede saber del momento cuando ya no te sientas solo.

Fumamos un rato en silencio. De vez en cuando me sorprendía el pensamiento "Yo la amo", que luego se iba fugazmente.

Paulina dijo:

-Es idiota la manera que tengo de amarte. No logro hacer concordar las imágenes. Me es difícil enfrentar este mundo que cae sobre mí. No estoy preparada. Estos años han sido una larga pausa, no un aprendizaje. Sé que todo se termina, incluso aquello que pasa por lo más grande. Pero créeme…, tengo temor de no poder soportarlo. Hay veces que me pregunto si esta realidad verdaderamente me toca…, si soy alguien…, si no me destruiré de un momento a otro… Yo le exigí una dicha a mi existencia, ¿por qué lo hice?, ¿por qué debieron pasar cuarenta años para encontrarla? Recuerdo que cuando niña soñaba contigo y que con mi sueño rompía un poco el misterio infantil que te rodeaba. Sin embargo era todo tan inútil… Te digo esto, porque no sabría qué hacer con mi alegría si no te lo dijera. Max, pasé mucho tiempo acostumbrada a no tenerte. Yo siempre estuve a tu lado; tú sólo permitiste que yo me aproximara. Y ahora debes comprender que esto sea para mí como el encuentro con esa costumbre final de no encontrarte.

En la oscuridad, su mano se deslizó silenciosa y buscó la mía. Me incliné sobre ella y la besé en el hombro. Al contacto de la caricia sentí bajo mis labios su piel estremecida. Eso era todo y bastaba. Un movimiento más y nuestras bocas se encontraron.

***

L luna de miel se prolongó por espacio de dos semanas. Nada había que nos obligara a volver a Santiago; sin embargo, Paulina rehusó quedarse, en vista de que Marcelo llegaría pronto. Ya al final de ese tiempo, a mí me parecía lo mismo quedarme o regresar. Sólo que regresar suponía un montón de obligaciones inútiles que romperían la calma que habíamos tenido en esos días. Yo sabía que, en el fondo, a ella le desagradaba el regreso, pero no hice nada por impedirlo. De todos modos, no sabíamos a ciencia cierta la cantidad de cosas que cada uno había callado.

En el último momento, Paulina estaba triste. Todavía retengo algunos gestos suyos: por ejemplo, el rostro cohibido, sin la expresión habitual de días anteriores, los intermitentes accesos nerviosos y una forma de mirar soslayada que le endurecía los rasgos. Me regocijaba interiormente, pensando que l momento que tanto esperaba estaba cerca. Nadie podría impedir que Marcelo recibiera un impacto. Ambos, Paulina y yo, aguardábamos su reacción. Cada uno con un deseo distinto.

***

Hoy recibimos la carta de Marcelo. Ha adelantado su viaje. Pero no lo creo. Desde este momento el tiempo empieza a correr desesperadamente. Me pongo en

las manos del tiempo. No debo debatirme. He pensado mucho, porque me creía de una especie extinguida. Pero no es así. Yo también siento el dolor de las horas. Quiero pertenecer al minuto que pasa. No pretendo olvidar nada. Por fin el círculo se cierra, la historia toma forma. Lo más terrible es que me doy cuenta de que termina esto, que la historia se acaba y estamos en el mismo sitio. O quizás peor que al comienzo. Cuando Marcelo llegue deberé enfrentarme con un pasado revalidado a medias. La tierra se torna pareja. Pelada. Es necesario condicionar los estilos; lo alto y lo bajo, la comunicación y la soledad.

Como siempre, Paulina duerme su siesta y yo me atengo a una expectativa en la cual es imposible moverse. La cordillera se muestra como una cortina de teatro, tan pálida, que su azul casi se confunde con el cielo terroso y asfixiante. El jardín está sombrío. Arriba, innumerables avionetas hacen evoluciones como pequeños insectos que brillasen al sol. Las flores, en medio de los macizos de plantas, flaquean, golpeadas por el aire cálido y pesado. Flores que en los momentos de angustia no significan nada, desechos de un libro, recuerdos negros y carcomidos.

Estábamos almorzando cuando llegó la carta. Paulina la leyó apurada, como si tuviera miedo de que dijera más de lo conveniente. Dos días más, sin embargo. La espera se prolonga. Este ambiente me da la idea de que hacemos lo mismo que otros matrimonios: frecuentar los mismos sitios, esperar la misma gente, decir las mismas cosas. Y no es desagradable. Representar un papel y adueñarse legítimamente de una personalidad tiene una ventaja: se olvida uno de que tiene experiencia. En lo sucesivo habrá una barrera que impedirá los contactos embarazosos. También es posible mirar las cosas desde un nuevo ángulo. Yo estoy casado con una mujer que me quiere y quizás esto es el cumplimiento de una ambición legítima. Es posible confiar que en adelante todo irá bien. Nos comportaremos muy formalmente y veremos en Marcelo el hijo que a lo mejor nunca tendremos. Me hace bien el pensamiento: "Yo soy tu padre y en adelante pondrás orden en tu vida".

***

Sin embargo, existe esa conciencia. Hoy he despertado con el miedo de su llegada. Y Paulina calla, calla y me observa. Me ama. Y, claro está, yo guardo silencio. No hay nada que sea más fatal que el desarrollo del miedo. Mientras tanto, la misma ternura está desprovista de belleza. Desnuda. Porque lo espero con rencor, con resentimiento. "Es otro orden me repito-. Estás inmóvil."

***

Y nuevamente pienso en los ciclos desde Luciano hasta Paulina; en las noches que componen estos ciclos y en los temores silenciosos de estos años. En el fondo termino por encontrarle razón a Elena cuando dijo que debíamos aspirar a no aburrirnos y que lo perfecto era estar contento. ¿Quién comprendería, sin embargo, esa manera única de estar, de permanecer, que viví con Marcelo?

Momentáneamente, el monstruo descansa. No quiero nada. ¿Por qué? ¿Se presenta por fin el cansancio de la búsqueda? ¿Ese estado, mi estado lejano, mi orden, se muere sólo porque se lo piensa? Tranquilamente, con serenidad, veo que el camino que yo mismo he cerrado me horroriza.

Hay un límite en la conciencia que, si se pasa, puede borrarlo todo. Yo estoy traspasando ese límite, irremediablemente. No quiero pasarlo. Quiero, sí, olvidarme de Paulina, de los rencores, de los tiempos adversos. Hay algo en mí que cojea. Desearía correr una cortina. Pero… ¿qué?

Un orden. La medida que el mundo ha rechazado y que yo no puedo darle. Porque el mundo… el mundo se olvida; el mundo no quiere equilibrio. Momentos

inconexos de dicha, como momentos inconexos de vida, eso es lo que el mundo necesita de mí. El recuerdo no pesa lo suficiente.

Pero si no existe, ¿por qué recordarlo?, ¿qué se produce cuando, al desear una cosa, el mismo deseo se fija para siempre?

Sé lo que vendrá después. Persistirá ese deseo absurdo, ilegítimo. Al lado de Paulina será diferente. El verano, el viento del verano, se constituirá en mi tiempo. La hora de la siesta…, el frío del cemento bajo los pies desnudos…, el chisporroteo metálico que deja el mar en la piel incandescente…

***

-Max, acaba de llamar Marcelo. Voy a buscarlo a Providencia. Tú te quedas, ¿no es cierto? Deberé hablar con él a solas.

¿Llega?, ¡y qué me importa! Hoy, mañana, ayer. Probabilidades. Excusas.

Paulina se ha ido.

Proyecciones que persisten, dudas que se cristalizan de pronto y que muestran la realidad en otro aspecto. Marcelo puede transformarse, reducirse a un rostro, a una imagen. Es la imagen que amo, las proyecciones que amo, los deseos que amo. Y Paulina como una cuña en medio de ambos. Paulina. "La veladura gris sobre la hierba. Los ruidos del campo lleno de sonrisas. La nuca que se aproxima pesada como un átomo."

Mientras los aguardo, algo se rompe en mí. Creo oír ya las voces que vuelven. Pero es muy pronto. Me diento agotad de esta espera. Por lo menos mi presentimiento se cumple. Marcelo vuelve. Vuelven los recuerdos y aquella imagen sombría que los provoca. Es el presagio de lo que pude ser y de lo que pude esperar.

Marcelo, sin duda, vuelve para casarse. Es curioso. Extorsionamos al mundo por

lo que deseamos y el mundo es más fuerte que nosotros.

Estoy tendido en una hamaca en el jardín, y fumo lentamente un cigarrillo. ¡Si pudiera reducir este malestar en el estómago, esta sensación vacilante del miedo que se apodera de mí! No puedo estar tranquilo.

Sin embargo, pronto los oigo llegar. Se encierran en la salita y conversan. De repente me doy cuenta de que todo irá bien. No le temo a la reacción de Marcelo. Lo tomará con indiferencia y así podremos seguir nuestra vida como la habíamos pensado. Pero ¿quiero esto realmente?

Se abre una puerta. Adonde estoy sólo llegan los ruidos. Alguien entra en la terraza.

-Max la voz de Paulina me parece lejana-, Marcelo llegó solo. Lo abandonaron, ¿sabes?

Su tono me tranquiliza. Llega junto a mí y me introduce los dedos en el pelo. Eso me gusta. Pero le miro los ojos y me percato de su violencia.

-Marcelo me ha dicho…, me lo ha reprochado, ¿me oyes? Ha dicho que me odia, que no me lo perdonará nunca. Ahora todo volverá… No lo…

Y se echa a llorar dulcemente. Silenciosamente. Yo la tomo, la interrogo con los ojos.

-Al fin, Max, es lo que has deseado siempre.

Después huye y yo no la retengo. No puedo. Hubiera querido consolarla.

Miro el jardín. La precipitación de los pensamientos vacíos. El borde descuidado del césped aletea con el viento que se arremolina en los rincones. Siento la digestión lenta de esa imagen dolorida, opaca, del jardín. La situación viva, quemante, las palabras de Paulina han quedado sonando en el aire, sin gran significación, como la nota de un diapasón desconcertado, que, a medida que va adquiriendo nitidez, forma el sonido rítmico de una certeza súbita, más simple que cualquiera intuición. El rebote de los sonidos. Siento que la sangre de una inconsciencia espesa arrebata la claridad que estaba por llegar. La duda se yergue entre la acción y mi modorra. Me mantengo

estático, como esperando la consumación de este sueño que mina mi voluntad; los estratos de mi conciencia se diluyen como papeles de biblia corroídos por un viento súbito. Además, el hueso blanco del corazón se solidifica endurecido en medio del pecho. Me doy cuenta de que no puedo agregar otra cosa.

Otra cosa.

Estoy vacío. Por fin. Pienso en el verano.

Siento el verano que pasa y que volverá siempre. Es el sentido del tiempo enquistado en la retina, soldado como una gota de oro en la caída de los párpados. El verano.

Paradójicamente la atmósfera de hoy día no me da conciencia del verano. Igual que una membrana que empañara los ojos, una capa de nubes se descorre por el cielo, dejando a su paso la grisalla monótona, polvorienta, de la tierra. Contrariando todas las leyes, el viento cálido, de moho, saturado de lluvia. Es extraño. Me siento triste. Paulina se ha ido. Estará en su dormitorio, absolutamente sola.

Nuevamente estoy en blanco. Debo prolongar mi vida hacia alguna parte. Trato de provocarme una emoción. Marcelo está aquí y espera…, no, no espera… Lo que sea estará bien. Procuro definir perfectamente en mí las leyes de ese pasado involuntario. Recuerdo las noches con Marcelo, la suavidad de su piel. ¡Pero no me dice nada!... El canto no se repite. Me acostumbro a la idea: “De nuevo puede comenzar todo”. No me importa. Sólo faltaría Elena. Los sábados por la tarde, tranquilos en el automóvil… También quizás la playa. De nuevo la playa…

Pero no se repite. No se repite. Marcelo. Una idea hueca. Marcelo y yo. Dos ideas irreconciliables. Sólo eso.

La nota del diapasón se clarifica. Hay algo esencial incorporado al principio de la acción, al funcionamiento de la voluntad. Pero no lo quiero. No quiero, ahora que me encuentro vencido por la evidencia, incorporarme a esa nueva forma de ser que se insinúa. Sé que en un minuto se han destruido las imágenes que me unían a Marcelo.

Me doy cuenta de que los momentos pasan inseguros por mi mano. Sí, debo convencerme. Al fin, es un movimiento sencillo. Otro orden. O el mismo.

Las ramas en el jardín aletean como manos abiertas. Dejo que se separen de mí los momentos pasados. No me debato.

Debo levantarme y correr en busca de Paulina. Esta idea no me parece extraña. Poco a poco toma posesión de mí de una manera segura, inequívoca. Siento que la necesito. Sí, precisamente es a ella a quien necesito. Enviaremos a Marcelo de viaje nuevamente. Está por comenzar otro orden. "Otro orden." De Paulina y mío.

FINAL

Me sorprende este final. “Todo se ha ido”, me repito. O sea, se ha cerrado. Llega el momento del repaso absoluto, de la comparación. Ahora puedo ordenar la libertad.

Hay recuerdos que se clavan en la carne como sanguijuelas, que destilan el pasado gota a gota. Tantos momentos de la infancia, cajas herméticas, que guardan su secreto celosamente. Ahora no se trata de oponer un destino a una probabilidad incierta. Cuando el orden aparece, el futuro se marca por sí solo. La matriz se revela. El primer germen reposa olvidado.

Pronto se hará de noche y terminaré este relato. ¿Me quedaré aquí para siempre, clarificando el pasado como en un juego?

A través de los velos oscuros, más allá del temblor horizontal del crepúsculo, aparecen estáticas las luces de Santiago, que, como en otras noches iguales a ésta, se encienden, marcando un año más de mi vida. Siento así el peso de la infancia, la caricia de la hierba entre las piernas desnudas. El campo, la respiración ahogada de las flores.

De pronto, el sexo erguido en una dimensión inesperada entre mi cerebro y el mundo. Es curioso que sólo en este momento aparezca el círculo del sol en el fondo como una grosella de oro, roja y caliente.

Seguramente el orden se puede encontrar en cualquiera parte. Sin embargo, ahora puedo correr en busca de la felicidad. O, si lo deseo, puedo detenerme. La realidad se rompe aquí y no me importa. Porque una madurez en el conocimiento involucra muchas cosas, entre ellas, y como el elemento primordial, el no arrepentimiento. Todo podemos elaborarlo teniendo en vista un sentido más amplio. Por eso, Paulina se encoge dentro de mí y también forma un mundo, un mundo lleno de cosas nuestras. Desde este momento puedo colocarme frente a los recuerdos y permitir que penetre en mí, lentamente, la conciencia del mediodía.

Lo Grez, diciembre de 1961.

Santiago, febrero de 1963.